



BOLSILIBROS
EASA

TERROR

EL HORROR VINO DE OTROS MUNDOS

J.L.
Harwich





TERROR



EDITORIAL ANDINA, S. A.

© J. L. HARWICH

Derechos reservados por:

EDITORIAL ANDINA, S. A.

Polígono Industrial de Pinto. PINTO (MADRID)

Director responsable:

Gregorio Ovejero.

I. S. B. N.: 84-06-03723-7

Depósito legal: M. 36.528 - 1982

Printed in Spain

LITOPRINT, S. A.

Villafranca del Bierzo, 32

Fuenlabrada (Madrid)

Todas las situaciones, personajes y entidades de esta novela son producto exclusivo de la fantasía del autor, por lo que cualquier semejanza con hechos actuales o pasados será mera coincidencia.

El horror vino de
otros mundos

J.L.Harwich

TERROR

PRÓLOGO

L

OS hechos que se relatan a continuación se desarrollaron en Inglaterra, a mediados de la década de los cincuenta. La pesadilla se inició con unos misteriosos y horribles sucesos que culminaron en la muerte de un viejo cazador y en el incendio de su cabaña. La próxima víctima es el renombrado y discutido doctor Baxter, al que se encontró sin vida en su casa de las afueras en compañía de un desconocido agonizante. A partir de ahí se pone en marcha una investigación policial cuyos resultados nunca fueron divulgados a la opinión pública dada la terrible e incognoscible naturaleza de lo que se encontró...

CAPÍTULO 1

INGLATERRA, en un lugar indeterminado de la costa Sur, 1954.

L

A inimaginable criatura tenía ante sí un mundo tenebroso y helado. El paraje que le rodeaba era desolado, con áspera vegetación donde las gélidas corrientes de aire murmuraban medrosamente.

Aquel ser de otros mundos miró al negro cielo donde titilaban las lejanas estrellas, de donde procedía... Luego reflexionó que le iba a ser muy difícil sobrevivir en un lugar donde reinaban tan bajas temperaturas; tenía sus reservas casi agotadas, por lo que perecería a menos que encontrase un cobijo lo suficientemente caldeado, imprescindible para su organismo.

Atravesó un paisaje en penumbras, iluminado espectralmente por el disco de plata que parecía estar suspendido en el firmamento. A su paso encontró bestezuelas salvajes y primitivas que, ante su presencia, aullaban aterradas y emprendían una enloquecida huida por entre aquellos riscos o llanuras en tinieblas...

Por fin divisó una luz a ras del suelo, una luminosidad débil y amarilla que a veces se perdía en las fragosidades del terreno.

Cuando estuvo cerca pudo apreciar que el difuso resplandor provenía de una edificación remota, mitad de ladrillos mitad de troncos, y por cuya chimenea brotaban vaharadas de humo.

En el interior de la vivienda había un hombre ya de edad y una joven con un niño pequeño en los brazos.

—¿Qué le pasará a los perros? —preguntó Irene Holmes, repentinamente seria, a su abuelo.

El anciano separó la gastada cachimba de entre sus amarillos dientes y quedó unos segundos a la escucha.

—No sé qué puede ocurrirles... Parecen haberse vuelto locos.

La joven intercambió una preocupada mirada con su abuelo.

—No recuerdo haberles visto nunca tan excitados —musitó—. Ni siquiera cuando los lobos se acercan se ponen tan frenéticos.

El anciano abandonó su asiento, poniéndose de pie.

—Iré a echar un vistazo.

Los ojos de la muchacha traslucieron un visible temor.

—Puede ser peligroso... No sabemos qué pasa, abuelo.

El anciano ensayó una media sonrisa. Tenía el cabello blanco, la

piel muy curtida y podía adivinarse aún cierto vigor en sus miembros; en su juventud debió ser un hombre recio y flexible.

—Me llevaré la escopeta.

Y así lo hizo. Antes de salir al exterior cogió el arma de dos cañones paralelos y la cargó. Dirigió una última mirada tranquilizadora a su nieta y abrió la puerta.

Los perros ladraban enardecidos. El viento alborotó los níveos cabellos de Nick Holmes mientras escrutaba el compacto cerco de sombras... Montó los dos percutores de la escopeta y avanzó unos metros. Todo parecía en calma y, sin embargo, los dos perros daban fuertes tirones de sus cadenas sin interrumpir los ladridos.

Nick se dio cuenta de que los animales estaban terriblemente asustados, con las pupilas dilatadas clavadas en la oscuridad... Presto a disparar, el anciano recorrió un espacio frente a la casa sin encontrar nada. Entonces notó que los perros habían callado de repente.

Fue de nuevo hacia ellos y los encontró más apaciguados, como si lo que motivase su terror hubiese desaparecido.

Nick se encogió de hombros y regresó al interior de la vivienda.

—¿Qué era? —interrogó la muchacha que había aguardado expectante.

—No he visto nada.

—Pues los perros estaban muy soliviantados.

—Sí, pero no acierto a imaginar qué puede haberles puesto en ese estado. Como no se trate de un lobo solitario... Bueno, sea lo que fuese, ya se ha marchado.

Colocó la escopeta en su sitio tras haberle sacado los dos cartuchos y regresó a su mecedora. Consultó el reloj e hizo funcionar el aparato de radio.

—Escucharé las noticias —dijo, incrustando la cachimba entre los dientes.

La velada fue transcurriendo sin que nada turbase su paz. Llegó la hora de retirarse a descansar y como el anciano continuase en su mecedora con los ojos entrecerrados fijos en las llamas rojizas que danzaban sobre los troncos del hogar, Irene Holmes inquirió:

—¿No vas a acostarte, abuelo?

—Aún no; me encuentro espabilado. Ve tú a dormir, yo leeré un poco para llamar al sueño.

Se despidieron. El anciano agarró un periódico, se caló las antiparras y se puso a leer.

La joven despertó bruscamente asaltada por una desasosegadora sensación. A su alcoba llegaba el reflejo de la luz del comedor. ¿Cómo era que el abuelo no se había acostado todavía?

Consultó el reloj: eran las cuatro y media de la madrugada.

Preocupada, se levantó, echándose la bata por los hombros. Calzó las zapatillas y salió de su habitación.

Nick Holmes se encontraba recostado en su mecedora; el periódico había resbalado de sus manos y en su postura existía una evidente laxitud. Irene al principio le creyó dormido, pero enseguida percibió algo que le sobresaltó. Se aproximó al hombre y le contempló como hipnotizada; el anciano estaba más encogido, más arrugado, como si en el transcurso de aquellas horas hubiese envejecido años...

La muchacha se creyó víctima de una abominable pesadilla. Sus agraciadas facciones se descompusieron en una mueca de terror y un pánico irrefrenable asomó a sus ojos.

—Abuelo... ¡Abuelo! —llamó con voz ronca.

Tocó una de sus manos y la sintió helada. Tan gélida como aquella estancia a pesar de que el fuego permanecía encendido.

—¡Abuelo! ¡ABUELO! —repitió con voz que parecía un sollozo.

Al sacudirle el brazo, la cabeza del viejo se dobló hacia un lado, trágicamente. La luz incidió plenamente en su cara y lo que quedó ante los espantados ojos de la joven la hicieron chillar de horror.

La faz del viejo era cadavérica: tenía la cérea piel adherida a los huesos, los ojos encovados en las cuencas y la boca fruncida. Había perdido las cejas y sus orejas eran traslúcidas...

Irene seguía sintiendo en su mano la gélida y yerta de su abuelo: una mano emaciada, liviana. ¡La mano de alguien que ha muerto consumido por la más extremada senectud!

La muchacha la soltó. Un frío intenso la envolvía; el fuego de la chimenea no desprendía calor... ¡La habitación estaba congelada!

Y aunque no pudo verla, intuyó una infame y monstruosa presencia que absorbía todo el calor que irradiaban los troncos al arder.

El nuevo grito de pavor trascendió las paredes de la casa y se propaló desgarrado por los entumecidos y sombríos campos.

Irene Holmes corrió, completamente trastornada por el miedo, hacia la cuna de su hijo. Lo arrancó de su caliente lecho y huyó de la casa sin darse cuenta de que iba medio desnuda, tal era su espanto.

Se metió en la vieja camioneta. Las llaves estaban puestas: Dio al contacto y el motor ronroneó. Tras varios anhelantes intentos el

vehículo arrancó cuando ya la exaltación de la joven llegaba al paroxismo...

Los perros volvían a ladrar con frenesí y a dar saltos para liberarse de las cadenas que los sujetaban. Todo su aspecto era el de unos animales dominados por el terror más espantoso.

La camioneta salió disparada hacia la insondable noche... El horror, el desconocido horror, quedaba atrás...

* * *

La tenue claridad del amanecer rayaba en el horizonte cuando la destartada camioneta de Irene Holmes seguida por un automóvil de la policía en el que viajaba el doctor Lorney, llegaron a la cima de la colina.

Allí, la joven detuvo el vehículo y con los ojos arrasados en lágrimas se echó sobre el volante, convulsa por los sollozos, incapaz de soportar la tensión que la dominaba.

El otro auto continuó hasta llegar a unos metros de los calcinados y humeantes restos de la casa. Los dos hombres descendieron y permanecieron contemplando las ruinas ennegrecidas; solo quedaba en pie la estructura de ladrillos, lo demás estaba reducido a cenizas.

Los dos hombres hurgaron entre los residuos del incendio y encontraron una calavera renegrada por la acción del fuego y algunos huesos humanos que las llamas no habían conseguido roer.

Hallaron también los cadáveres chamuscados de los dos perros, que debían haber sucumbido por asfixia al no poder soltarse de las cadenas.

—¿Qué es lo que realmente habrá ocurrido aquí?

La pregunta del médico quedó en el aire. El policía se limitó a encogerse de hombros y comentar:

—La historia de esa muchacha no puede ser más inverosímil: un anciano que envejece una docena de años en unas horas y una presencia extraña y malévola que absorbe el calor... ¿Fantástico, no?

El galeno asintió.

—Desde luego; sin embargo, hace tiempo que conozco a esa chica y siempre he guardado de ella un concepto inmejorable. Puedo asegurarle que es una muchacha muy equilibrada.

—¿Es madre soltera?

—Sí, tuvo una desagradable experiencia y por eso se refugió en el campo, con su abuelo. Pero eso no importa. Le repito que se trata de una chica excelente en todos los aspectos.

—¿Y no piensa que aquel trauma ha podido afectarle el cerebro?

—No lo creo, Irene es una joven con los pies muy asentados en el suelo. Además, aquello es algo que olvidó hace tiempo...

—Sin embargo no tuvo valor para afrontar el rechazo de la sociedad...

El doctor Lorney no contestó.

Su interlocutor husmeó el aire como un hurón.

—No me gusta este asunto —confesó—. No me gusta nada... No sé por qué, pero tengo el presentimiento que nos traerá, al menos a mí, bastantes complicaciones...

—¿Por qué? —le miró fijamente el médico—. ¿No dice usted que todo es demasiado fantástico?

—Sí, pero... No podría precisarle el motivo, doctor, solo que no me gusta... No, no me agrada en absoluto...

CAPÍTULO 2

LONDRES, 1954

E

El teniente Skinner se removió una vez más en su asiento sin apartar la vista de la carretera. A su lado, el sargento Higgin conducía con los cinco sentidos puestos en la cinta de asfalto batida por el torrencial aguacero. Skinner rumió algo entre dientes y encendió un cigarrillo. Era un hombre de semblante linfático, expresión atrabiliaria y con una gran nariz de zanahoria. Sus ojos, pequeños y endrinos, parecían dos botones incrustados en la piel. Un mechón de pelo crespo y desordenado se escapaba por debajo del sombrero colocado de cualquier manera sobre un cráneo extremadamente dolococéfalo.

—Si hay algo que realmente me fastidie es que me revienten el almuerzo —gruñó apretujándose sus desmesuradas manos, velludas como las garras de un oso—. Pero, como se dice, el deber es el deber... aunque le deje a uno el estómago vacío.

El sargento Higgin lanzó una breve mirada al aguileño y deslucido rostro de su superior y esbozó un gesto de asentimiento. Era un joven con propensión a la obesidad, de faz redonda, sonrosada, ojos azules y risueños, y apariencia un tanto atildada. Todo lo contrario de su jefe, cuyo desgarrado corpachón mostraba descuido y desaliño...

Spenslow House se desveló a sus miradas a través de la cortina líquida. Se trataba de una mansión victoriana, oscura e impresionante bajo la lluvia. Una de esas casonas tan apreciadas por los productores cinematográficos para los filmes de suspense. Incluso tenía un torreón almenado que debió pertenecer sin duda a una construcción más vetusta sobre cuyos cimientos habían edificado Spenslow House. Unos frondosos abedules ocultaban gran parte de la fachada, de modo que únicamente podían divisar algunas ventanas de la parte superior y las negras chimeneas.

Enfilaron el encharcado camino y tras cruzar la alta verja se encontraron en un extenso jardín que la lluvia machacaba despiadadamente. Bajaron del auto y buscaron apresuradamente cobijo.

Skinner entró en la casa sacudiendo malhumorado su sombrero maltrecho y mojado, y desparramó la mirada por los muebles antiguos y pesados. Le salió al encuentro el veterano Mathew.

—¿Qué...? —interrogó Skinner.

Mathew parecía un tanto irresoluto y aquello preocupó al teniente. Aquel hombre había echado los dientes prácticamente en la policía y había pocas cosas capaces de dejarle indeciso.

—Será mejor que me siga —dijo.

Poco después, Skinner era conducido a la amplia estancia que había servido al doctor Baxter de estudio y laboratorio. El famoso y polémico médico seguía aún en el suelo; a su lado, el forense se inclinaba hacia otro cuerpo.

—¡Este hombre vive aún! —gritó en aquel momento el forense—. ¡Rápido, traigan una camilla!

Skinner se acercó más: vio el rostro estrecho y pálido del célebre doctor terriblemente crispado, bañado en sudor, con los ojos tan desorbitados que amenazaban saltar de las órbitas... En ese instante el otro hombre era subido a la camilla y Skinner le echó un vistazo: frisaría la sesentena, macilento, con aspecto enfermizo, angustiado, de pelo escaso y boca deformada...

Se lo llevaron rápidamente y el teniente Skinner concentró su atención en el cadáver del médico. Una vez más se sintió impresionado, jamás había visto un rostro tan descompuesto como aquel, tan desencajado; parecía como si la muerte le hubiera sorprendido cuando realizaba un esfuerzo sobrehumano... ¿Y aquel sudor que bañaba sus facciones y bajaba hasta el florón de la canosa perilla?

Skinner buscó inútilmente rastros de sangre. Mathew lo adivinó y señaló quedamente:

—No hay heridas, jefe. Por tanto, no hay sangre.

—¿No? ¿Cómo ha muerto entonces? —frunció el ceño el recién llegado.

—No lo sabemos todavía.

Skinner miró extrañado a su subordinado.

—¡Qué raro! —masculló.

Vio al forense que se dirigía hacia la puerta de salida y se encaminó en su dirección a grandes zancadas.

—¡Eh, Donovan, espere! —llamó.

Una vez estuvo a su altura, espetó inquisitivo.

—¿Qué ha pasado aquí?

Donovan, un hombre bajo y mantecoso que no sentía excesivas simpatías por el desgachado teniente, murmuró con su voz de

falsete:

—No lo sé.

—Pero ¿de qué ha muerto Baxter?

—No tengo ni idea.

Ante tal muestra de franqueza por parte del médico, Skinner se encrespó.

—¡Maldita sea, Donovan, no estamos para perder el tiempo! Usted no es ningún novato en esto y algo tiene que...

—¡No puedo decirle nada! —le cortó acremente Donovan—. ¡No lo sé!

Skinner abrió la boca como sorprendido por la irascibilidad del forense. Luego le puso una mano sobre el hombro y se inclinó sobre él.

—Veamos, Donovan —dijo con voz suave—. Un hombre puede perder la vida por accidente, de muerte natural o asesinado. ¿Cuál es el caso de Baxter?

Donovan sostuvo la mirada del teniente y repitió muy lentamente:

—No lo sé.

—¡Mil demonios! —chilló Skinner—. ¿No es usted médico?

—Lo soy, pero no sé a consecuencia de qué ha muerto ese hombre. Si espera a la autopsia, tal vez pueda darle mayor información.

Y se alejó, sin más, de Skinner. Este se acercó de nuevo al cuerpo tendido en el suelo y lo observó durante unos minutos sin despegar los labios.

—¿Qué significa esa ventana rota? —preguntó al cabo a Mathew que se había colocado a su lado.

—Ese es otro enigma —manifestó este—. Todo induce a pensar que algo ha salido violentamente por esa ventana, pero no hemos encontrado nada; ni un objeto, ni pisadas en el césped, nada de nada...

—¿Y si esa «cosa» en vez de salir ha entrado?

—Lo dudo mucho, casi todos los cristales rotos están en el exterior, lo que indica que han sido impelidos hacia afuera.

Skinner se masajeó la barbilla.

—¿Saben quién es el tipo que se acaban de llevar en la camilla?

—Se llama Hogben, al parecer vino a que el doctor le examinara. Debía encontrarse bastante pachucho... no creo que sobreviva; nunca he visto a nadie con la muerte retratada tan vívidamente en el semblante.

El sargento Higgin llegó hasta ellos.

—La servidumbre está en la cocina —informó al teniente.

—Vamos para allá. Esperemos que aclaren algo de este arcano.

La cocina era amplísima y muy limpia, aunque por su aspecto Skinner infirió que no se utilizaba demasiado. Sentadas alrededor de una mesita y con sendas tazas de té en las manos se encontraban dos mujeres ya maduras. La señora Melrose, especie de ama de llaves, era menuda, de cabellos plateados y parecía muy afectada por lo sucedido. Sus manos todavía temblaban al sostener la taza y con voz carrasposa relató cuanto sabía.

—Yo... yo abrí la puerta a ese hombre —dijo, como acusándose—. Y cuando notificó su deseo de ver al doctor Baxter le advertí, que el doctor no recibía a nadie, que vivía entregado a sus trabajos de investigación... Pero él insistió, parecía muy compungido... me aseguró que se trataba de un caso de vida o muerte... Y ante tales requerimientos me atreví a molestar al doctor, que en principio no parecía dispuesto a recibirle, pero aquel hombre se llegó hasta el estudio y encaminándose en derechura hacia el doctor Baxter comenzó a hablarle muy agitadamente... Yo... yo estoy algo sorda y no me enteré de nada; luego el doctor me indicó que les dejara a solas... Pasaron más de dos horas hasta que la señora Laxton —señaló a su compañera —, viniera a decirme que había escuchado un fuerte estropicio. Entonces nos dirigimos hacia el estudio del doctor y al ver que no respondían a nuestras llamadas, abrimos la puerta y... —llegado a este punto la buena mujer se llevó las manos a la cara horrorizada.

—¿Dónde se encontraba usted, señora Laxton, cuando escuchó el ruido?

—En la despensa, había ido allí a por algunas viandas y cuando cruzaba el pasillo camino de la cocina, llegó a mis oídos aquel estrépito... Me inquieté y fui en busca de la señora Melrose que estaba colocando la ropa blanca en los armarios...

Skinner torció el gesto; nada en claro sacaría de aquellas mujeres. No obstante, efectuó algunas preguntas más.

—¿Reciben visitas a menudo?

La señora Melrose negó enérgicamente con la cabeza.

—¡Oh, no! Precisamente el doctor se trasladó a esta casa buscando tranquilidad y silencio.

—¿Y los familiares del doctor, tampoco le visitaban?

—Muy de tarde en tarde. Que yo recuerde, en tres años que llevamos viviendo aquí, solo han venido en cuatro o cinco ocasiones... El doctor Baxter era un hombre de genio áspero, insociable; le aseguro que no era fácil de tratar... Por regla general,

se negaba a recibir a nadie.

El teniente meneó la cabeza, en un gesto de comprensión.

—Sin duda alguna el doctor habrá dejado a sus herederos una considerable fortuna... —aventuró, pero una de las dos mujeres, se apresuró a decir:

—¡Oh, no crea usted! —era el ama de llaves—. Se gastó todos sus ahorros en comprar esta casa e instalar el laboratorio. Por otra parte, a pesar de su adustez, el doctor Baxter era un filántropo y donaba respetables cantidades a entidades benéficas... Puede decirse que vivía al día.

—E incluso había veces que tardaba en pagarnos nuestra mensualidad, —apostilló la señora Laxton.

Skinner consideró que ya poco o nada de interés sabría por labios de aquellas damas y abandonó la casona en compañía de Mathew, dejando al sargento Higgin con el equipo de huellas y con la orden de que le comunicasen inmediatamente cuanto fuera surgiendo.

Fuera continuaba diluviando y ambos hombres corrieron hacia el auto. Camino de la ciudad Skinner ofreció un cigarrillo a su subordinado.

—¿Qué piensas de todo esto? —inquirió.

Mathew se tomó un largo minuto para contestar. Era un hombre recio, membrudo, de facciones toscas y ademanes un tanto embarazosos. A simple vista daba una imagen equivocada, pues se engañaba totalmente aquel que le creyera un individuo de roma inteligencia. En realidad, Mathew poseía una sensibilidad rara de encontrar en un corpachón como el suyo, y su fino olfato y perspicacia no iban tampoco en consonancia con aquella frente abombada y estrecha y los ojos demasiado juntos. Le faltaba poco más de un año para retirarse y Skinner le apreciaba en sobremanera.

—No acabo de entenderlo —manifestó al tiempo que soltaba un chorro de humo—. No hay señal de heridas, no hay golpes... solo esa alucinante expresión de lucha, de esfuerzo titánico, ese pavoroso sudor...

—Y la ventana rota —corrigió el teniente.

—Sí, y la ventana rota.

—Puestos en conjeturas, ¿qué crees que pudo salir por ahí?

—No sé... por el tamaño de la ventana y el destrozo causado yo creo que el objeto no era mayor que una pequeña maceta o un aparato de radio; pero lo curioso es que he estudiado las posibles trayectorias y ninguna iba más allá de los límites del jardín, y en el

jardín no existe la menor huella de nada... No sé, pero tengo la inquietante sensación de que «esto» no es un crimen vulgar... No, en modo alguno.

—¿Y entonces qué es?

Mathew se encogió de hombros. Empero, a pesar de la trivialidad del gesto, había algo de sombrío fatalismo en él.

Skinner insistió.

—No comprendo dónde quieres ir a parar.

Mathew sonrió forzosamente.

—Yo tampoco... Pero, se lo repito, tengo el presentimiento de que hay «algo» en su fondo que nos dará más de un dolor de cabeza. ¡Sí, sí, ya sé! No hay base para pensar así, pero no puedo impedirlo...

* * *

La vivienda era una casita blanca y primorosa, de tejadillos rojos y rodeada por un minúsculo césped cercado por una verja enana de madera pintada de blanco. Y la señora Hogben se parecía en mucho a su pulcro hogar: era diminuta, pizpereta, inmaculada, de tez alba que conservaba aún cierta tersura a pesar de ser septuagenaria.

Les tomó por vendedores a domicilio y cuando los policías le sacaron de su error quedó un poco sorprendida. Obviamente, no conocía la suerte corrida por su hijo, aunque un negro presagio le nubló de inmediato el rostro.

—¿Le ha sucedido algo a Giles? —interpeló con temor.

Skinner se sintió lleno de embarazo, siempre le ocurría igual cuando tenía que dar una mala noticia.

—Se encuentra en el hospital —dijo al fin.

La anciana suspiró. No obstante, pareció no sorprenderse demasiado.

—¡Dios mío, Dios mío!

—Su hijo fue encontrado en casa del doctor Baxter sin conocimiento.

La señora Hogben cerró los ojos.

—¡Ah, mi pobre Giles, mi pobre Giles! ¿Qué será lo que le pasa?

Ambos policías se miraron entre sí.

—¿Le han visto ustedes? Aparenta sesenta años y no tiene más de cuarenta... Es algo que no consigo explicarme.

Skinner arrugó el ceño.

—¿Qué clase de enfermedad sufre su hijo? —preguntó.

Las lágrimas velaron los ojos de la anciana y unos sollozos

estremecieron su débil pecho. Tardó unos minutos en sobreponerse.

—Es... es algo terrible, maligno... desconocido —y levantándose se encaminó hacia un mueble y les mostró una fotografía.

—Este... este era mi Giles antes de que comenzase su calvario.

Desde una fotografía les sonreía un hombre de aspecto cuidado, robusto, no mal parecido, de pelo abundante y ondulado y expresión reposada.

—¿Cuánto tiempo tiene esta foto?

—Menos de seis meses.

—¡Menos de seis meses! —exclamó asombrado el policía.

—Sí, y mi hijo era así hasta hace contados días.

Skinner se incorporó de un salto de su asiento.

—¡Usted desvaría, señora! —exclamó casi groseramente—, Hemos visto a su hijo y es poco menos que un vejestorio, ninguna enfermedad conduce a un hombre a tal estado de postración en tan poquísimos tiempo.

La señora Hogben no tomó en cuenta el airado arranque del teniente.

—Siéntese usted y se lo contaré todo —indicó suavemente—. Es muy comprensible su incredulidad, yo misma tengo la sensación de estar viviendo una pesadilla de la que me es imposible despertar...

Skinner contempló a la viejecita con las cejas enarcadas.

—Todo comenzó aquella noche... Giles llegó a casa cansado; trabaja de contable en una pequeña fábrica de vidrio y últimamente tenía que apechugar con doble tarea, ya que el otro contable estaba dado de baja a causa de un accidente... Como digo, Giles estaba cansado y nada más llegar me hizo saber su deseo de cenar temprano para meterse en el lecho cuanto antes... Porque... mi hijo ha sido siempre un hombre de costumbres moderadas, muy hogareño; disfrutaba sentándose frente a la chimenea con un libro entre las manos. Nunca ha sido mujeriego ni juerguista, no... Y desde que murió su pobre padre espació aún más sus salidas. A veces me siento un poco culpable y pienso que tal vez Giles no se ha casado por no dejarme sola, por eso varias veces he intentado hacerle ver la necesidad de que contraiga matrimonio... Yo soy vieja ya y cualquier día... Pero ¡qué tonta soy! me salgo del tema que les interesa a ustedes. Como les decía, preparé la cena y Giles se acostó antes de su hora acostumbrada. Yo me quedé viendo la televisión; a Giles no le entusiasma, él prefiere sus lecturas, pero se gastó sus ahorros en comprarme el aparato... ¡Oh, de nuevo me desvíó! Bueno, cuando dos horas después me disponía a retirarme también a mi dormitorio, vi a mi hijo venir hacia el saloncito con cara agria

y ojos turbios.

«—¿Qué te sucede? —le pregunté.

»¡No puedo dormir! —gruñó, dejándose caer en un sillón.

»¡Pero si venías rendido!

»Se encogió de hombros malhumorado y apoderándose de un libro se dispuso a leer. A mí se me cerraban los ojos, y como Giles no deseaba que le preparase nada, me fui a dormir.

»Giles no consiguió pegar ojo en toda la noche, así me lo dijo a la mañana siguiente.

»Al otro día, cuando regresó de su trabajo, trajo unos comprimidos para dormir, estaba realmente dispuesto a no pasar una sola noche más en vela. Cenó normalmente y cuando se retiró a su dormitorio iba materialmente soñoliento; poco después le oí rebullir en el lecho y la luz de su habitación, se encendió. Fui hacia allá y le encontré sentado en la cama, con los ojos vidriosos y al borde de la desesperación.

»—¡No puedo dormir, no puedo dormir! —gritó enfurecido.

»—¿Has tomado algún comprimido?

» —¡Dos! ¡Era para que estuviese convertido en una marmota por lo menos quince horas seguidas!

»Procuré tranquilizarle.

»—Es que me pasa algo rarísimo, mi cuerpo pide a gritos el descanso y yo me esfuerzo por conciliar el sueño, pero hay «algo» aquí —y se tocaba la frente— que lo impide. Cuando la soñolencia comienza a invadirme, una especie de revulsivo se agita en mi cabeza y quedo con la mente totalmente en blanco... ¡Dios mío! ¿Qué puede ser esto? Estoy agotado, los ojos me escuecen, los miembros me pesan, todo mi organismo reclama una pausa... y sin embargo ya me ves. ¡Despierto!

»—No has de darte tan pronto por vencido —aconsejé con cariño—. Acuéstate, apaga la luz y ya verás como el esquivo descanso no tendrá más remedio que acudir...».

La anciana volvió a suspirar con profunda pena.

—No, no consiguió pegar un ojo —prosiguió—. Y a la mañana siguiente fue a visitar al médico...

Tanto Skinner como Mathew escuchaban a la mujer con suma atención.

—Y dígame. ¿Qué ocurrió? —interrogó el primero.

—Nada.

—¿Nada?

—El doctor no encontró en él ningún trastorno y todo lo que le recetó fueron unos nuevos somníferos y la recomendación de que

tomase unas vacaciones en cualquier sitio rústico... Desgraciadamente, mi hijo no conseguía dormir a pesar de que abusó temerariamente de los barbitúricos... y tras tres días de vigilia, me di cuenta horrorizada, que mi hijo envejecía a pasos agigantados...

La anciana ahogó a duras penas un sollozo.

—... Perdía el cabello ostensiblemente y la frescura de su rostro se marchitaba a cada hora que transcurría. Siempre había sido vigoroso, pero toda su fuerza se evaporó de la noche a la mañana, le costaba trabajo llevar a cabo el más mínimo esfuerzo y la respiración se le estrangulaba entonces en la garganta. Comenzaron a proliferar las arrugas en su rostro y hasta su vista se tornó insuficiente...

Los policías escuchaban embobados.

—Tanto Giles como yo estábamos aterrados. Esta mañana fue de nuevo al médico, supongo que en el hospital estudiarán su enfermedad... —de nuevo las lágrimas cuajaron los ojos de la venerable anciana—... lo que le está pasando a mi pobre Giles es algo desconocido, lo sé... algo extraordinario y aterrador... todos cuanto le han visto han quedado estupefactos...

Y estupefactos seguían los dos policías cuando abandonaron la casita en dirección al auto.

—Esa vieja delira, tiene que delirar. Es imposible que sea cierto lo que nos ha contado —repetía Skinner.

—Posiblemente —concordó Mathew con expresión reconcentrada—. Aunque parecía muy coherente, muy lúcida.

—Eso es cierto, pero resulta del todo imposible creer tan fantástica historia... A mí me parece que esa simpática viejecita está completamente loca.

—Tal vez... ¿a dónde vamos?

—Creo que no estará de más que charlemos un poco con el doctor... —y consultando las señas que la señora Hogben le había proporcionado—. Loman J. Warren.

* * *

El doctor Loman J. Warren era un individuo de apariencia chocante y curiosa. Producto de un cruce entre europeo y asiática, presentaba un aspecto sumamente interesante. Su rostro, de un color indescriptible entre un claro sucio y cetrino desteñido, conservaba una mezcla de sus dos razas, pero de una forma tan desproporcionada que se podría tachar de inaudita. Si el corte de su rostro era netamente occidental y la abundancia de sus cabellos

negros hasta le podrían clasificar como mediterráneo, en contrapartida sus ojos eran acusadamente oblicuos y sus modales suaves y untuosos, con claras reminiscencias orientales. Así, el visitante no podía menos que confundirse ante aquel producto tan poco común de mestizaje.

Les recibió amablemente, si bien a pesar de su meliflua sonrisa había energía y apremios en su tono de voz. Pero cuando los dos policías pronunciaron el nombre de Giles Hogben, el médico mudó de color.

—¿Qué tiene que decirnos al respecto? —insistió Skinner.

—¿Decirles? Lo que yo puedo decirles es algo que me hace correr el peligro de que me tomen por un demente.

Ambos policías se miraron con sobresalto.

—¿Qué es ello?

El galeno cruzó las manos.

—Hace tres días vino a visitarme el señor Hogben, según me explicó padecía insomnio, llevaba tres noches completas sin dormir, aun cuando tomaba somníferos. Le ausculté y no encontré nada anómalo en él; pulso normal, temperatura normal, tensión normal, etc... Achaqué su insomnio a un exceso de trabajo y le prescribí unos somníferos y la recomendación de que se tomase cuanto antes unas vacaciones en el campo...

El doctor hizo una leve pausa y los policías volvieron a intercambiar las miradas. Hasta ahora su declaración coincidía con la de la anciana...

—Pero lo asombroso, lo increíblemente extraordinario tuvo lugar esta mañana... El señor Hogben vino a visitarme de nuevo, pero ¡Cielo Santo! ¡Había envejecido veinte años en tres días! ¡Les juro que me quedé sin habla, atónito, sin poder dar crédito a lo que tenía delante. Aún ahora me siento víctima de una alucinación... Pero sin duda alguna era él... Era él con veinte años más; alrededor de sus ojos habían nacido multitud de pequeñas arrugas, su piel se había ajado perdiendo juventud y plegándose en las comisuras de los labios y en el cuello. Había perdido mucho cabello, tanto que le clareaban las sienes y la coronilla. El cuerpo había sufrido idénticos estragos que el rostro, se había encorvado ligeramente y sus carnes se presentaban acecinadas, los músculos flojos, con esa flacidez de vejiga semiinflada. Los huesos estaban faltos de flexibilidad y las articulaciones anunciaban el fantasma de la artrosis. En resumen, señores, ante mí se encontraba el cuerpo de un hombre próximo a la senectud... Aunque hay que resaltar algo muy significativo; no hallé en él la menor dolencia, estaba completamente sano, con

algunos síntomas de agotamiento físico, pero sano... No existía dolencia alguna, solamente vejez...

Los dos policías tardaron en abrir la boca.

—Pero... un hombre no puede envejecer en cuatro días —alegó sin mucha convicción ya Skinner.

—Eso creía firmemente yo también hasta ahora —murmuró el médico en tono sombrío.

—¿Y qué sucedió después? —inquirió Mathew.

—Pues, después de someterlo a un reconocimiento exhaustivo, traté de ocultar mi pasmo con algunas preguntas:

»—¿Tomó usted los comprimidos?

»—Sí, tres veces más de los que usted me indicó.

»—¡Qué barbaridad! Podía haberse matado.

»—Y así y todo no me sirvieron de nada —articuló consternado.

»Rodeé la mesa y tomé asiento. Le miré gravemente y tras un corto silencio creí conveniente mostrarme sincero.

»—Bien, indudablemente algo raro le está sucediendo a usted, algo que escapa al conocimiento actual de la ciencia médica, y he de confesarle que no acierto a imaginar qué pueda ser. Pero si he de serle franco, reseñaré una cosa: sea cual fuera la índole o naturaleza de su enfermedad, no hay la menor duda de que es peligrosa, tremendamente peligrosa. Si sigue acusando de esta manera sus efectos, en dos días más, será usted un anciano y tal vez antes de una semana esté muerto...

»—¡Una semana! —gimió espantado.

»—Siento tener que ser tan crudo, pero la situación no admite dilaciones ni medias verdades, hay que ser cruelmente realistas y consecuentes. Está usted en grave peligro y a cada minuto que pasa su cuerpo pierde vigor y salud.

»—¿Pero qué puedo hacer?

»Le miré conmisericordiosamente. Jamás vi a un hombre tan acorralado.

»—Eso es lo terrible, que no sabemos qué hacer.

»—Yo creo que si pudiese dormir desaparecería esta... esta prodigiosa enfermedad. ¡Tengo una idea! ¿Por qué no me anestesia?

«—¿Anestesiarme?

»—Sí, así podría dormir... de todas formas no perdemos nada.

»Sus ojos reflejaban esperanza y accedí.

»—Está bien, como usted dice poco tenemos que perder...

»Preparé lo necesario para cloroformizarle. Luego le hice tenderse en una mesa y tras ultimar detalles, señalé:

»—Esté dispuesto, respire lentamente, profundamente, respire,

respire...

»Siguió mis instrucciones y llenó sus pulmones del anestésico. Todo marchaba bien, quizás la idea diese resultado... Estaba a punto de caer en el sopor, cuando brincó inesperadamente con violencia, zafándose de mis manos.

»—¿Qué le sucede? ¡Estese quieto!

»—¡Me estalla la cabeza! ¡Me estalla! —gritó agarrándose fuertemente la frente con ambas manos.

»—Tranquilícese, tranquilícese...

»Poco a poco se fue apaciguando. Mi desconcierto era total y tras unos minutos de silencio en los cuales su respiración se fue normalizando, murmuré porque, con franqueza, yo no sabía qué hacer ni que pensar.

»—Me permito aconsejarle que vaya a visitar inmediatamente al doctor Baxter, es el único que puede hacer algo por usted. Vive en un caserón de las afueras, a unas millas del Puente Norte... Le deseo de todo corazón mucha suerte.

»Y se marchó con la cabeza sepultada entre los hombros y un brillo desesperado en los ojos».

* * *

Tras el relato del doctor reinó un corto mutismo entre los tres hombres.

—¡Increíble! —opinó al fin Skinner.

—Sí, increíble —apoyó el doctor—. Me he puesto en contacto con algunos de mis colegas, explicándoles tan maravilloso caso y el comentario unánime que he obtenido ha sido el tacharme de embustero o reprocharme que bebía whisky en exceso... En fin, esperemos que el doctor Baxter pueda hacer algo por ese desgraciado, no en vano es una lumbrera en el campo psíquico y celular.

—El doctor Baxter no podrá hacer nada por él ni por nadie más... Ha muerto.

—¡Qué!

—Sí, y Giles Hogben está en un hospital con un pie en el Más Allá.

—¡Dios mío! ¿Y qué ha sucedido?

Sucintamente narraron los hechos.

—¿Pero cuál ha sido la causa de la muerte del doctor Baxter?

—Aún no ha sido determinada... Bien, nos marchamos; es posible que sea usted llamado para testificar. Le ruego que nos comunique sus movimientos, sobre todo si sale de la ciudad.

Dejaron la consulta. Fuera soplaba un viento racheado y cargado de humedad que daba empellones a los transeúntes y por el cielo corrían nubes ventrudas y plúmbeas. No tardaría de nuevo en llover.

CAPÍTULO 3

E

N TRE Donovan y Skinner nunca había existido excesivas simpatías. Para Donovan, Skinner resultaba un fantasmón descomedido, sin método, para el cual los reglamentos y ordenanzas eran papel mojado. Y esto era más que suficiente para que el meticuloso forense le mirara con poco aprecio. Por el contrario, el teniente no sentía hacia el obeso forense ningún resquemor aun cuando era consciente de las antipatías que despertaba en él y le cargase un poco su formulismo, pero reconocía el talento de Donovan y su buen hacer. Había pocos como él en su profesión y eso para Skinner era esencial, ya que la valoración que hacía de cada hombre estaba en función de su eficacia en el puesto que desempeñaba.

—¿Y bien?

Donovan fue a abrir la boca.

—Pero nada de tecnicismos, ¿eh? —advirtió Skinner—. Me dice llanamente de qué murió el doctor Baxter sin recurrir a un enrevesado lenguaje.

Donovan enarcó despectivamente una ceja y empezó a hablar.

—Todo lo que ha revelado la autopsia es que el doctor Baxter ha fallecido a causa de un fallo cardíaco.

—¿Un fallo cardíaco? ¡Mil demonios! ¡Esperaba algo más original!

—Aún no he terminado...

—Prosiga entonces.

—Parece como si el doctor Baxter antes de morir hubiese realizado un tremendo esfuerzo mental que ha sido la causa primordial del fallo cardíaco. Y para mí, aunque esto no pueda afirmarlo categóricamente, para mí el doctor Baxter concentraba en el instante de su muerte todo su potencial psíquico en los ojos...

Ahora Skinner quedó esperando oír algo más. Al ver que Donovan seguía silencioso, demandó:

—¿Y qué explicación da usted a eso?

El forense dejó de ojear los papeles que tenía entre las manos, y tras mirar al teniente por encima de sus gafas, repuso:

—He estado charlando con el doctor Loman J. Warren; al parecer Giles Hogben abrigaba la convicción de que si le era posible

conciliar el sueño, si lograba romper la extraña vigilia, pondría fin a la pesadilla que vivía. Sospecho que Giles Hogben confiaría también al doctor Baxter este presentimiento y este trataría de conducirlo al sueño hipnótico ya que los anestésicos se habían mostrado inoperantes.

—¿Todo eso quiere decir que el doctor Baxter murió cuando trataba de hipnotizar a Giles Hogben?

—Exactamente, y también quiero dejar sentado que, a juzgar por el inconmensurable esfuerzo mental que el doctor ponía en juego, tenía enfrente una potencia psíquica inigualable. Y esto es precisamente lo que no deja de inquietarme. He recopilado algunos datos sobre la personalidad de Giles Hogben y en todos aparece como una persona atemperada, anodina y mediocre. Uno más de esa legión de seres innominados y triviales que solo se ven aquejados por problemas pueriles y domésticos. Por tanto, es obvio que Giles Hogben por sí, nunca hubiese representado dificultad alguna para cualquier hipnotizador mediano, y mucho menos para uno de la categoría del doctor Baxter. Y es más, Giles Hogben estaba predispuesto a la hipnotización, ansioso de ser hipnotizado, por tanto de él no partía esa fuerza inquebrantable que se opuso al doctor Baxter. Forzosamente tuvo que intervenir un ELEMENTO EXTRAÑO...

—¿Un elemento extraño? ¿Qué elemento?

—No lo sé... tal vez Giles Hogben pueda aclararnos esto si es que alguna vez recupera la consciencia. Cosa que, desgraciadamente, dudo bastante. De todas formas, no olvide que todo cuanto le estoy diciendo no es más que una teoría hipotética y que puede ser errónea.

Skinner se pellizcó el mentón.

—Pero Giles Hogben está ahora inconsciente, ¿quiere eso decir que a pesar de todo el doctor Baxter tuvo éxito?

Donovan se mantuvo unos segundos en silencio.

—Lo ignoro... —contestó al fin—. Lo ignoro...

En ese momento apareció el sargento Higgin.

—¿Qué sucede, Higgin?

—Traigo malas noticias... Giles Hogben acaba de expirar.

Skinner botó en el sillón giratorio.

—¡Mil demonios! —rugió—. ¡Es lo único que nos faltaba!

—Según la opinión de los médicos ese hombre estaba en un grado de extenuación total. Ha muerto de vejez.

El teniente paseó por la estancia a grandes trancos.

—¡Este es un caso más propio de un taumaturgo que de un

policía! —barbotó mohíno—. ¡Es terrible tener que confesar que no entiendo nada!

—En ese punto le doy la razón —dijo Donovan—. Toda la razón. Hasta ahora no he conocido nada parecido.

* * *

Las oficinas donde Giles Hogben había trabajado por espacio de más de diez años estaban ubicadas en un edificio antiguo, umbroso y tranquilo. Como miles de oficinas de pequeñas industrias y profesionales no encumbrados que no pueden permitirse el lujo de ocupar una sofisticada planta encristalada de los rascacielos.

El señor Merrit les acogió con mesurada amabilidad. Era un hombre de exigua apariencia física, calvo, con gruesas lentes de miope y tímida sonrisa. Vestía de gris y no podía conjugarse mejor con el aspecto modesto y sombrío del edificio.

—¡Ah, el pobre Giles! —exclamó tan pronto los policías anunciaron el motivo de su presencia—. Me he enterado que ha muerto. ¡Qué desgracia! Su madre debe estar desconsolada... Pues... ¿qué quieren que les diga? Solo elogios puedo pronunciar sobre la memoria de ese joven. ¡Ojalá hubiese sido hijo mío! Un muchacho como Giles honra a cualquier padre... Giles era atento, cortés, trabajador, un muchacho con los pies en el suelo, bien asentados, no como otros...

—¿No tenía ningún vicio?

—¿Vicio? ¡No, claro que no! Bueno... no creo que pueda llamarse vicio el que los sábados nos fuésemos a tomar unas copitas...

—Evidentemente, no.

—Giles era muy hogareño, se le veía poco fuera de casa. Eso sí, bastante aficionado al golf y estaba asociado a un club para poder practicar tres o cuatro veces al mes. Por lo demás, era un hombre con una ponderación desusada, a su edad, apenas si tenía cuarenta años... Le gustaba mucho leer, sí, era un verdadero devorador de libros. Claro, que nada de noveluchas, él prefería temas importantes, arte, historia, arqueología... En fin, a mí me parecía un muchacho bastante selecto para la sociedad en que se desenvolvía.

—Al parecer también era un poco esquivo con las mujeres; según tengo entendido no se le conoció ninguna novia.

—Ah, bueno, sí; Giles no era de esos que van por la calle piropeando a la primera que encuentran, era muy correcto y jamás le escuché la menor impertinencia. Pero ¡claro que le gustaban! Le gustaban como a usted, como a mí y como a todo el mundo. Y qué

duda cabe que tuvo sus aventurillas. Lo que pasa es que era muy discreto y procuraba que tales enredos no trascendieran. Es más, Giles tenía entre ceja y ceja a una chica que es un primor: Betty. Trabaja en esta misma manzana de casas, en una pastelería. Había también una linda bibliotecaria... Pero, en fin, estimo que esos son cosas privadas...

—Sí, evidentemente. Pero el caso es que seguía soltero.

—Bueno, para mí ese estado no adolece de virtudes. Aunque en el fondo Giles era un defensor de la institución matrimonial, y si no se había decidido a abordar a Betty directamente era porque podía presentarse la posibilidad de tener que abandonar a su madre. Estaba demasiado atado a ella... De cualquier forma, de él tendrían que aprender tantos timoratos que de la noche a la mañana se pasan alegremente por la vicaría...

El hombrecillo era mucho menos lacónico que lo que los policías supusieron en un principio y no se cuidaba de traslucir la admiración que le inspiraba el fallecido compañero.

Tras varios minutos más de charla, los detectives abandonaron el edificio. Skinner se quedó mirando a Mathew y le confesó:

—Nunca hasta ahora me había sucedido esto.

—¿Qué?

—No sé hacia dónde encaminar mis pasos.

Mathew se dirigió al auto.

—Podemos ir a tomarnos un café.

—No es mala idea, ¡maldito tiempo, se va a poner a diluviar de nuevo!

Y como réplica a su denuesto una gruesa gota de agua le estalló en la puntiaguda nariz. Cuando el coche arrancó un verdadero turbión se abatía sobre la calle. A pesar de lo temprano de la hora la oscuridad del cerrazón difuminaba ya los contornos de los edificios.

* * *

La consulta del doctor Carrigan se hallaba situada en un barrio húmedo y mísero cercano al puerto. Por ella pasaba diariamente una multitud variopinta, demacrada y andrajosa en busca del consuelo de las bondadosas manos del doctor Carrigan, que durante más de tres horas diarias visitaba gratuitamente a todos aquellos desheredados que no podían acogerse a la asistencia de la seguridad social.

El médico era un hombre de mediana estatura, de pelo canoso y ojos infantiles y curiosos. Su faz redonda, carrilluda y sonriente rezumaba amor al prójimo por cada uno de sus poros. Era

incansable a la hora de atajar las penurias y sufrimientos de aquellas gentes que acudían a él en busca de alivio.

—Doctor... doctor...

El galeno terminó de lavarse las manos que se había manchado de sangre al sajar un grano purulento, y dirigió una mirada al viejo desmembrado que con voz cansada y cascada requería su atención.

—Bien, ¿qué le pasa, abuelo? Uh... me parece que lo que usted tiene es que empina el codo más de la cuenta.

El vejete se aproximó renqueante. Vestía ropas excesivamente holgadas y se apoyaba en un bastón de empuñadura de bronce.

—¿Es que... no me reconoce? —interrogó con algún trabajo.

Carrigan le miró con atención. Aquellos ojos castaños le parecían familiares, y también la nariz aplastada...

—Soy... soy Colby, el... ropavejero.

El médico retrocedió un paso con los ojos muy abiertos... ¡Dios bendito! ¡Aquellos ojos, la nariz! Pero no, no podía ser él, Colby tenía veinte años menos y a sus cincuenta era un hombre todavía fornido, con un envidiable color de cara y voz clara y potente.

—Soy yo... Colby... —repitió aquel anciano.

¡El bastón! ¡Era el bastón de Colby! ¡Y los ojos y la nariz eran de Colby! Era él, pero... ¡No podía ser!

—No sé qué me ha pasado... —murmuró el viejo—. Llevo tres días sin dormir... he envejecido un montón de años en pocas horas... Tiene... tiene usted que ayudarme... ¡Ayúdeme! ¡Algo horrible me está ocurriendo!

El doctor Carrigan había quedado demudado, boquiabierto... incapaz de creer lo que tenía ante sí, mirándolo con ojos desorbitados.

—¡Colby! —articuló roncamente—. ¡Eres Colby!

—¡Claro que soy Colby! —exclamó el viejo con un resto de su antigua y proverbial energía.

—Pero... ¿Qué te ha pasado? ¿Cómo...?

El ropavejero se dejó caer en una silla.

—No lo sé... llevo tres días sin poder pegar un ojo; me siento... me siento muy cansado.

El médico se aproximó a él con lentitud. Su cara estaba lívida como la de un muerto.

—¡No... no es posible! —tartamudeó.

Y sus asombrados ojos recorrían aquella faz deslavazada surcada por profundos pliegues; las sumidas mejillas, tan delgadas que eran solo unas telas de piel descolorida pegada a los pómulos. ¡Y aquellos ojos! ¡Aquellos ojos humedecidos e implorantes en medio

de un mar de arrugas...!

Las manos del doctor Carrigan cogieron la del viejo. Todo era puro hueso revestido por una funda de piel ajada y fría... El pulso era casi imperceptible y la respiración lenta y fatigosa le silbaba entre los dientes.

—Colby... ¿Cómo es posible...?

La cara mortecina del anciano expresó una angustia sin límites.

—No... no lo sé —gimió—. He venido a verle... a consultarle... No sé qué me pasa... Tiene que ayudarme, doctor. ¡Tiene que ayudarme!

Al médico le temblaban los labios y los ojos parecían querer saltar de sus órbitas.

¿Ayudarle?

¿Cómo hacerlo, si no sabía el tipo de dolencia con la que debería enfrentarse?

* * *

Al forense le complacía que el teniente Skinner tuviese que andar tras él ya que así se resarcía de la destemplanza y sarcasmo con que este solía tratarle. Interiormente, Donovan reconocía que aquella misma aspereza Skinner la utilizaba con todos, que era consubstancial a su carácter, que no encerraba ninguna clase de animosidad. Simplemente, era una forma de comportarse incorregible y Skinner la llevaba a cabo tanto con sus superiores como con el último recadero del Departamento. No obstante, a pesar de ello, el forense, hombre un tanto puntilloso al que desagradaban las familiaridades y malsonancias, seguía reprobando aquellos nada académicos modales.

—¿Qué ha sucedido ahí dentro, Donovan?

El forense apenas si le miró. Sin embargo, se detuvo y explicó:

—Ha habido diversidad de opiniones.

—¿Y eso qué significa?

—Algunos empezaron dudando de todo y hubo que demostrarles, mediante las huellas dactilares, que no había error respecto a la personalidad de esos dos hombres. Y el que más ha chillado su incredulidad ha sido Barrow, el célebre bacteriólogo.

—Pero... bueno, algo habrán sacado en claro.

—Pues no; se han efectuado toda clase de pruebas y análisis pero todavía no sabemos a qué atribuir ese repentino envejecimiento celular. Tanto Hogben como Colby poseían hasta antes del terrible fenómeno una salud bastante envidiable.

—¿Y no puede tratarse de un virus nuevo o algo así?

Donovan arqueó las cejas al alzar la vista.

—No lo sé, teniente; pero tenga en cuenta que se ha reunido a los mejores médicos, y otros están en camino, para que estudien y dictaminen las causas y naturaleza de esta nueva... de esta nueva enfermedad. Es posible que, a no tardar mucho, tengamos la explicación de todo.

Skinner escrutó inquisitivamente al forense.

—Usted parece un tanto reticente... No está muy convencido de que esa prematura vejez sea producida por ningún microbio. ¿Sigue pensando en EL ELEMENTO EXTRAÑO?

El tono de voz de Donovan se tornó duro.

—Cuando uno se encuentra ante algo tan inusitado como esto, busca a toda costa una explicación. Cuando mencioné el ELEMENTO EXTRAÑO no me refería a nada en particular, por tanto, procure no tergiversar mis palabras.

—No estaba en mi ánimo —se disculpó el policía.

El ceño del forense se deshizo.

—Si he de serle sincero, le aseguro que todos mis respetables y admirados colegas han quedado pasmados. Y le diré algo más: están perdiendo el tiempo realizando toda clase de pruebas y buscando una explicación digamos más o menos fisiológica. Y ese pobre hombre, Colby, se consume a pasos agigantados... Mucho me temo que fallezca antes de que podamos encontrar algo positivo. Las células de su cuerpo envejecen a una velocidad increíble.

—¿Usted qué haría?

Donovan titubeó un instante.

—Yo intentaría hipnotizarle.

—¿Ha olvidado lo que le sucedió al doctor Baxter?

—No, pero considero que es ahí donde radica la clave de todo... —y bajando la voz adoptó un aire de confidencia y agregó—: Escúcheme, teniente, el doctor Baxter, pese a todo, tuvo éxito.

—¿Que tuvo éxito? Hogben murió...

—Sí, el señor Hogben murió; murió por agotamiento físico, pero Baxter «cortó» el radical proceso de envejecimiento.

—¿Cortó?

—Sí, sí... durante el tiempo que Hogben permaneció en el hospital no envejeció nada, y sin embargo al ropavejero casi puede verse cómo pierde vitalidad, cómo se le arruga la piel y se le apagan los ojos...

Skinner permaneció muy serio. Siempre tuvo al escrupuloso forense en alta estima debido a su gran inteligencia.

—¿Y qué dicen a eso los otros doctores?

Donovan, en contra de su costumbre, masculló un reniego.

—No me han prestado atención.

—¿Por qué?

—Son unos fatuos que se creen poseedores de la verdad absoluta. Créame, teniente, en la medicina, como en cualquier actividad humana, existen los grandes santones, los encumbrados, para los cuales ninguna idea luminosa puede salir de otras cabezas que no sean las suyas. Además, para ellos, Baxter era un loco alucinado, y sus teorías una sucesión de barbaridades... ¡Ah! Ese hombre morirá, y pueden que lo hagan otros antes que ellos den su brazo a torcer. La mayoría son gente ensoberbiada y no se arriesgarán a un fracaso.

En ese instante se escuchó un ruido como una detonación y al momento se originó un revuelo en el pasillo. Varios hombres con batas blancas corrieron hacia una puerta.

Los ojos del forense se achicaron.

—¿Qué habrá sido ese ruido? —se extrañó Skinner.

—Me parece que ya nada podemos hacer —dijo Donovan lúgubrementes.

Poco después ambos hombres penetraron en la habitación donde se había producido el ruido. Sobre las blancas almohadas la cabeza de Colby, con el rostro arrugadísimo, hético, negruzco... Pero lo que todos los presentes contemplaban con horror y asombro era el agujero en la pared. Un agujero del diámetro de una pelota de fútbol por el que penetraban hebras de húmedo y desapacible viento...

* * *

La doctora Hanlon era una mujer de cierta belleza; trigueña, con los ojos verdes, las mejillas sonrosadas y una nariz breve y graciosa. Rondaría la treintena y su cuerpo podría calificarse de perfecto a no ser por una leve cojera producida por tener una pierna unos centímetros más corta que la otra.

Ahora, echada como estaba en la butaca, pálida y crispada por la impresión padecida, parecía más vieja y menos atractiva. Sin embargo, ninguno de los hombres que la rodeaban con solicitud, reparaba en este detalle.

Tras serle administrado un poco de coñac sus mejillas revivieron y su mirada perdió opacidad.

—¿Se encuentra mejor, doctora Hanlon? —preguntó Skinner.

—Sí, ya estoy más reanimada. ¿Y la enfermera que me acompañaba?

—Se ha recuperado antes que usted, por lo visto era más impávida.

La mujer aspiró aire.

—¿Qué sucedió?

Tras sostener la mirada del policía la mujer humilló los párpados un segundo.

—Ha sido horrible...

—Lo supongo.

—Me... me encontraba anotando algo cuando Tina, la enfermera, clavó sus uñas en mi brazo al tiempo que señalaba la cama del moribundo... del señor Colby. El pavor de Tina se me contagió; el agonizante se había arqueado increíblemente sobre los pies y la cabeza y una expresión de indecible sufrimiento le torturaba el semblante...

»Permaneció unos segundos en esta anormal postura, se le ennegreció la cara y los ojos parecían que iban a saltar de sus órbitas. ¡Dios mío, qué horror!...

»Al fin, cayó, sobre el lecho muerto, desfigurado por un fin tan dramático. Y entonces... entonces percibimos como algo indescriptible y diabólico tomaba cuerpo y un frío sobrenatural se aposentó por la estancia. Fueron tan solo unos momentos, pero los suficientes para que no pueda olvidar jamás aquel hálito disforme y perverso... Luego sobrevino el estentóreo estampido y se formó el agujero en la pared».

Skinner volvió ligeramente la cabeza y vio muy cerca los ojos de Donovan, inmóviles y asustados.

* * *

Mathew penetró en el despacho del teniente Skinner.

—Ahí hay un tipo estrambótico que desea hablar con quien lleve el caso sobre las muertes del doctor Baxter y Giles Hogben.

—¿Un tipo estrambótico? Dile que pase.

Poco después hacía su aparición un individuo de estatura corriente y aspecto extravagante. Vestía una anacrónica levita y se tocaba con un lustroso bombín. Sus ademanes eran engolados y teatrales, al igual que su rostro huesoso y maquillado. Aquel hombre parecía sacado de alguna tétrica función en la que por su catadura representaría un siniestro papel.

—Soy el profesor Windibank —se presentó.

Su voz era ceceante y modulaba en exceso las sílabas.

—Teniente Skinner; tome asiento, por favor, ¿desea una taza de té?

—Con mucho gusto.

Skinner hizo una seña a Mathew quien salió a por el té.

—¿Y bien?

El tal profesor Windibank se pasó la punta de la lengua por los labios. Su rostro era tan blanco como el cuello de su camisa. Los perspicaces ojos de Skinner hallaron un rastro de polvos en la piel.

Antes de empezar a hablar, carraspeó.

—Como le he dicho, soy el profesor Windibank, y mi especialidad son las Ciencias Ocultas.

Skinner no pudo evitar un mohín de desagrado. Todo en aquel sujeto era de opereta.

—¿Me cree un charlatán, verdad?

—No he dicho tal cosa, profesor.

—Pero lo reflejan sus ojos; es usted uno de esos escépticos que no creen más que en lo que tienen delante.

—Posiblemente, aunque no creo que haya venido para charlar sobre mi credulidad.

A Skinner le incordiaaba aquel artificioso y grandilocuente farsante.

—Desde luego que no...

Entró Mathew con la infusión. Tras una pausa, el profesor Windibank volvió a adoptar su pomposa actitud.

—He leído estos días en la prensa las especulaciones sobre la muerte del doctor Baxter y de Giles Hogben. Y aunque no de forma manifiesta, se deja entrever la idea de que hubo algo singular en ellas.

—Puede que tenga razón.

—Usted se está preguntando qué es lo que realmente puedo saber yo sobre ese particular.

—En efecto, y le rogaría que fuese al grano. No tengo mucho tiempo que perder, compéndalo...

—Durante días me he debatido en el dilema de venir o no a verle, ya que sabía la acogida que me esperaba. No obstante, he sucumbido a mi deber cívico y poniéndoles al corriente de lo que sé, me sentiré más satisfecho... Bien, Giles Hogben fue a consultarme un par de días antes de que muriese. Era una persona que se veía al borde del abismo y no podía sustraerse a su atracción. Nada más entrar percibí el intenso terror que le abatía. Procuré que se relajara, pero su pesadumbre era tal que mi magnetismo fracasó.

»—Confíeme sus temores —le dije, ya completamente interesado.

»—¡Me estoy muriendo! ¡Me estoy muriendo! —repetía

quejumbroso.

»—Cuénteme lo que le ocurre.

»Giles Hogben se retorció las manos, incapaz de doblegar su agitación.

»—¡Oh! Hace apenas unos días era yo un hombre joven todavía, robusto y lleno de vida... ¡Míreme ahora! No soy más que un espectro de mí mismo. ¡Me estoy desmoronando a cada hora que pasa!

»—Por favor, cálmese. Procure empezar por el principio.

»Su relato fue incoherente, patético y escalofriante. En contados días aseguraba haber envejecido dos decenas de años y de proseguir así en un par de días más sería un matusalén que se extinguiría de pura senectud.

»Y este terrible mal lo imputaba a que no podía dormir, tenía un fanático convencimiento en que si conseguía hacerlo domeñaría el voraz proceso de envejecimiento...

»Tan peregrina historia me hubiese inducido a pensar en que el cerebro de mi visitante estaba reblandecido, a no ser porque desde poco tiempo después de su llegada mi sensibilidad había notado la presencia de un espíritu ominoso... ¡El espíritu que poseía a aquel infortunado!».

Skinner sintió vértigo al mirarse en aquellos profundos ojos orlados por una franja violácea. A su pesar, hubo de reconocer el poderoso influjo que emanaba de aquel hombre.

—¿Un espíritu? —se limitó a decir.

—Exacto. Giles Hogben era un poseso.

—¿Y qué hizo usted?

—Desde luego no podía exorcizarle, ya que no reúno condiciones de exorcista, pero sí intenté ponerme en contacto con el espíritu maligno... ¡Y todas mis invocaciones fueron desoídas, infructuosas! Aquel espíritu no procedía del Más Allá, era algo desconocido y horripilante contra el cual nada podía... Hasta el mismo Lucifer hubiese acudido a mis conjuros, pero contra aquello no surtían efecto alguno...

»Entonces cambié de táctica y utilizando la telepatía interpele al espíritu, pero este se mantenía encerrado en un hostil hermetismo.

»No me di por vencido y seguí espetándole... El esfuerzo mental me abrumaba, mis manos se convulsionaban como dotadas de vida propia y mi cuerpo entero se estremecía...

»¡De pronto sentí como si un rayo entrase en mi cerebro y una fuerza inenarrable y desmedida me sacudió como lo hace el huracán a una hoja!... Fui a caer a tres metros de distancia, perdido el

sentido y con el corazón a punto de estallar.

»Paradójicamente, Giles Hogben tuvo que reanimarme. No me quedó otro remedio que reconocer mi impotencia. No podía hacer nada por él... Estaba irremisiblemente sentenciado. Esto es lo que he venido a decirle y puede usted juzgarlo como quiera. Si me cree un farsante, allá usted. Pero le aseguro que le he dicho la verdad».

Cuando el profesor Windibank hubo salido, un silencio opresivo pobló la habitación. Skinner y Mathew se miraron taciturnos.

Fue Mathew quien primero despegó los labios.

—¿Qué opina, teniente?

Skinner exhaló un suspiro.

—Windibank y el doctor Donovan, cada uno por su lado, han coincidido. Para el primero es un espíritu, y para Donovan el ELEMENTO EXTRAÑO... Pero se le de uno u otro apelativo, es igualmente espantoso. La deducción lógica es que nos enfrentamos a algo desconocido y terrible.

CAPÍTULO 4

N

ADIE comprendía qué pudo haber descubierto una mujercita tan adorable como la señora Skinner en el huraño policía. Doris Skinner, a pesar de sus tres embarazos que se habían materializado en dos niños y una niña, a cada cual más bullicioso, poseía una figura que en nada envidiaba a la de una jovencita de veinte años. Era de estatura más que mediana, esbelta, pero con las caderas bien marcadas, la cintura breve y los senos erguidos. Tenía un hermoso cabello castaño, unos ojos color miel y una boca fresca y sonriente.

Skinner, con el rostro esquinoso plegado en un gesto meditabundo, despatarrado sobre el sofá y con un vaso de whisky en la mano, inquirió de pronto:

—¿Qué crees que puede producir un agujero en una pared de medio metro de ancha que no sea una bala de cañón?

Su esposa se volvió y le miró un poco asombrada.

—¿Cómo?

—¡Bah! Olvídalo —exclamó el teniente de detectives, sacudiendo su manaza en el aire.

—¿Por qué no repites la pregunta?

—¿Para qué? No hallarías la respuesta, yo llevo horas devanándome los sesos y cada vez estoy más embarullado.

—Bueno, ya sabes que no soy vanidosa, pero muchas veces te he sacado de apuros.

Skinner esbozó una media sonrisa.

—Cierto, cariño; conozco y aprecio tus dotes intuitivas. Pero mucho me temo que en esta ocasión tanto tu sagacidad como la mía no nos sirva de mucho.

—¿Tan intrincado es el caso?

Skinner dejó vagar su mirada por aquella estancia, por aquellos objetos familiares, por sus seres queridos... En aquel sofá, con las zapatillas calzadas y mirando en silencio el ir y venir de su esposa y la algarabía que sus hijos formaban en el extremo del salón, había gozado de sus más íntimas dulcedumbres...

—¡Eh! ¿Es que no vas a responderme siquiera?

—Perdona, Doris; es que... no quiero complicarte con...

—¡Tonterías! Ya sabes que tu trabajo me interesa.

Skinner se mantuvo callado. Su esposa le contempló más atentamente. Había en el semblante de este algo que no había observado nunca.

Se aproximó hasta el sofá y tomó asiento junto a él, muy próximos. Cogió su brazo con ambas manos y sondeó aquellos ojos negros en los que titilaba un reflejo nuevo. Nuevo y angustioso.

—¿Qué sucede, cariño? —interrogó con dulzura.

Skinner la miró de cerca. Pasó el brazo por los hombros de su mujer y la atrajo hacia sí. Ella enredó sus dedos en los de él.

—¡Dios! Me siento asustado.

—¿Asustado? ¡Qué sandez es esa! ¿Es que hay algo que pueda asustarte a ti?

—Lo hay, Doris, lo hay. Y es algo tan espantoso y contra lo que me siento tan inerte como un niño de pecho.

La faz serena y hermosa de Doris se ensombreció.

—No debí decirte nada —dijo Skinner arrepentido.

—Claro que sí, sea lo que sea esa cosa, no puedo ignorarla. No puedo ignorar nada de lo que te atormenta o preocupe.

—Es que... ¡es algo tan espeluznante! ¡Tan terrorífico y fantástico! A mí mismo me cuesta trabajo convencerme de que todo ha sucedido realmente.

—Cuéntamelo.

Skinner se mojó los labios con el licor.

—Dos hombres han muerto en cuestión de días. Dos hombres que aparentemente eran fuertes de complexión y gozaban de buena salud, se han arruinado físicamente en pocas horas...

—No te entiendo.

—Eran hombres normales que de la noche a la mañana han envejecido decenas de años. Giles Hogben era aproximadamente de mi edad, recio, sano... y en menos de una semana quedó convertido en un pingajo. ¡Envejeció más de veinte años en cuatro días!

Las finas y blancas manos de Doris Skinner se engarbaron en la muñeca de su esposo.

—Pero... ¡Eso es imposible!

—No lo es. Yo lo he visto con mis propios ojos.

La mujer quedó muda unos segundos. Pareció que dudaba de las palabras de su marido. Atisbó en el rostro seco y tirante del hombre hasta que supo que hablaba en serio.

—¿Y qué opinión han dado los médicos?

—Están confundidos; es algo tan extraordinario para ellos como para nosotros.

—¿No será algún virus nuevo?

—Ya se ha pensado en ello. Pero lo singular es que en esos dos hombres no se ha apreciado síntoma alguno de enfermedad. Únicamente la pérdida total de sueño es la señal anunciadora de tan horrendo fin. ¿Lo comprendes? ¡Han muerto de puro viejos, depauperados, inánimes! ¡Se han CONSUMIDO a la vista de quienes los atendían!

La mujer se estremeció de los pies a la cabeza.

—¡Dios mío! ¿Qué enfermedad tan pavorosa puede ser esa?

Las mandíbulas de Skinner se encajaron como un cepo que aprisiona a la presa partiéndole los huesos. El fulgor de sus ojos se tornó llameante.

—No, Doris; no se trata de ninguna enfermedad. No es nada de eso.

—¿No? —repitió ella temerosa y aturdida.

—Carezco de seguridad al respecto, pero Donovan, el forense, abriga la certeza de que en este asunto están sucediendo cosas sin explicación plausible. «Algo» venido de Dios sabe dónde... EL ELEMENTO EXTRAÑO... una entidad desconocida que exprime a los hombres y es capaz de abrir un boquete en una pared de medio metro de espesor.

Su esposa le escuchaba alelada, con las manos paralizadas en torno a la suya.

Permanecieron unos minutos como petrificados. Skinner reaccionó llevándose el vaso a la boca y bebiendo todo su contenido. Suspiró hondo y se desasíó de las crispadas manos de ella para encender un cigarrillo.

—Es impresionante, ¿verdad?

—Sí —contestó la mujer con un hilo de voz.

—Por eso me resistía a comunicártelo. Lo único que he conseguido es llenarte de zozobra.

—Bueno, desconocer los males no contribuye a librarse de ellos. Soy de las que gustan enfrentarse a la realidad a sabiendas de lo que pueda ocurrir; la política del avestruz no reza para mí.

—Lo resolveremos, Doris —afirmó Skinner con súbita energía—. Sea lo que sea o se trate de lo que se trate, encontraremos la forma de combatirlo, de aniquilarlo.

—Nunca se me hubiera ocurrido dudarle.

—Donovan es un tipo listo, es él quien puede encontrar una solución. Aunque tendrá que enfrentarse a esa pandilla de engolados sabihondos y hacerles comprender que dejen para otra ocasión el lucimiento personal...

Desde el fondo del salón los gritos de los niños adquirieron auge. Skinner se le puso la carne de gallina al considerar que aquellas alborozadas criaturas, carne de su carne, pudiesen pasar de la inocente y feliz infancia a la senectud más decrepita en contados días.

Volvió la cabeza rápidamente para que su esposa no captara aquel insufrible pensamiento.

* * *

Robert Cowell escuchaba sin enterarse la voz monocorde que surgía del aparato de radio; a su lado su esposa hacía punto mecánicamente con los ojos fijos en las ágiles manos. Cowell era un individuo corpulento, velludo, de cabeza cuadrada y pelo erizado que llevaba muy corto. Sus ojos eran redondos y acuosos, los rasgos no mal trazados, pero con un sello quizás primitivo. Cowell trabajaba en un almacén de papel y al decir de quienes le conocían, su fuerza era ciclópea, manejaba grandes y pesados fardos con más facilidad que tres de sus compañeros juntos. Sin embargo, su inteligencia era escasa, rudimentaria; había que repetirle las cosas más sencillas y se rascaba perplejo la cabeza ante el más pequeño inconveniente.

Su esposa, Laly Cowell, no era robusta, sino más bien endeble, muy morena, de grandes e inmóviles ojos oscuros, cabello aceitoso y liso, y continente estático y sereno. Pero si carecía de la fortaleza de su marido, sí poseía la agudeza y decisión que a él le faltaba.

—Robert, ¿por qué no te vas a la cama? —aconsejó—. Anoche no pegaste ojo, y la anterior tampoco.

Su esposo se removió pesaroso en la butaca.

—Me... me parece que esta noche tampoco dormiré mucho. A pesar de que me siento extremadamente fatigado, el sueño ha huido de mis ojos...

—Eso no es bueno —opinó Laly Cowell—. El dormir es tan necesario o más que el comer... Si pasas la noche en vela, mañana irás al médico.

El hombre asintió con la cabeza. Su mujer le miró y entonces las agujas de hacer punto cayeron de sus manos y los ojos se le abrieron desmesuradamente.

—¡Robert! ¡Robert!

—¿Qué... qué pasa?

—¡Tienes los ojos hundidos... arrugas en la frente y en la boca...! ¡Has envejecido!

Robert Cowell se pasó una de sus manazas por el rostro.

—¡Me siento tan agotado! —gimió.

* * *

El capitán Vance quedó mirando de hito en hito a Skinner. Vance era un hombre muy alto, flaco y desgarbado, de cara equina, grandes orejas y blondo cabello.

—¿Pero esto qué es, una epidemia? —interpeló al teniente.

—No, eso al menos no es... —aseguró Skinner—. Da la casualidad de que los casos se van sucediendo, hasta ahora no se han presentado dos a la vez.

—¿Y existe cualquier clase de relación entre los afectados? Quiero decir si hay en ellos alguna particularidad especial que les distinga del resto de la gente.

—No, son personas totalmente normales... y bien diferentes entre sí. El primero, Hogben, era un tipo mesurado, pacífico, hogareño y con ribetes intelectuales. Colby, el ropavejero, era cincuentón, pero lleno de vitalidad, chocarrero y rijoso... los ojos se le encandilaban con la vista de una muchachita pizpireta y más de una viuda y solterona le concedían sus favores. Y este último, Cowell, es un tipo hercúleo, brutote, de estrecho cacumen, que se pasa la vida apilando fardos de papel y que es feliz mientras no le falte un buen plato de salchichas.

—Así pues, nada de particular había en ellos.

—Nada... son personas de talante vulgar, ciudadanos raros que pueden encontrarse en cualquier parte del mundo. Aunque eso sí; todos gozaban de una salud excelente. «Eso» era quizás lo único que tenían en común.

—Al menos ya hay algo que les conexione... ¿Y del agujero, qué se sabe?

Skinner se encogió de hombros.

—Casi nada.

—¡Pues horadar un muro de medio metro de ancho no se hace con un mondadientes!

—Ahí le doy la razón.

—Y según tengo entendido había personas en la habitación cuando eso ocurrió.

—En efecto: la doctora Hanlon y una enfermera.

—¿Y qué cuentan?

—Poca cosa: oyeron como un fortísimo impacto y cuando miraron ya estaba el agujero.

El capitán Vance quedó silencioso durante unos segundos.

—Este asunto adquiere cada vez peor cariz —murmuró—. No,

no me gusta nada... ¿Y los médicos, han llegado a algo concreto?

Skinner torció el gesto.

—No se entienden entre ellos; discuten y realizan toda clase de pruebas y entretanto Cowell se marchita como una flor en el desierto.

—¿Qué otra cosa pueden hacer?

—Donovan, el forense, tiene una teoría...

En ese instante repiqueteó el teléfono. Vance atrapó el auricular.

—Al habla el capitán Vance.

Durante unos segundos permaneció a la escucha.

—Bien, bien; el teniente Skinner partirá inmediatamente para allá.

Dejó el aparato en la horquilla.

—Es Donovan —informó—. Al parecer ha conseguido hacerse oír y van a hipnotizar a Cowell. Dice que si quiere presenciar el experimento que acuda al Medical Center a toda prisa.

Skinner se levantó rápido.

—Ya me pondrá al corriente de todo lo que suceda, abra bien los ojos y conserve frío el cerebro. En este condenado asunto hay que estar preparado para lo más imprevisible.

—Descuide...

Y salió del despacho como una exhalación.

Diez minutos después se encontraba en la planta décima del Medical Center buscando con los ojos la rechoncha figura del forense.

—¡Eh, teniente!

Skinner giró la cabeza. Donovan le hacía señas desde el quicio de una puerta.

Se acercó a él en varias zancadas.

—Venga, va a empezar la prueba.

Fue introducido en una estancia donde se encontraban media docena de hombres con batas blancas.

—¿Quién lo va hacer? —cuchicheó Skinner al forense.

—El doctor Forrester —indicó a un pelirrojo de unos cuarenta años, de cuidada barba y ojos sugestivos—. Es un experto hipnotizador y se ha ofrecido para ello.

—Pues que se ande con tiento, ya sabe lo que le sucedió a Baxter.

Alguien reclamó silencio. Las persianas fueron corridas y se mantuvo la estancia a media luz. Se encendió una lámpara indirecta y allí fue conducida la cama donde se encontraba Cowell. Este se encontraba semiincorporado y podían apreciarse claramente el

quebranto que había sufrido en su otrora formidable constitución. Tenía los ojillos rodeados de arrugas, el pelo se le había tornado canoso y por entre sus resecos labios podía verse el hueco de algunos dientes perdidos. El color de su piel era traslúcido y respiraba dificultosamente...

Skinner se sintió sacudido por un escalofrío. ¿Qué sería aquello tan terrible capaz de devorar la vitalidad de un hombre en tan poco tiempo?

El doctor Forrester se colocó frente al postrado Cowell que miraba todo como un alucinado sin comprender nada, y empezó los primeros pases hipnóticos... Los demás se mantenían en la zona más en penumbras de la habitación con los ojos clavados en los dos hombres, expectantes, en tensión...

Los ojos del doctor Forrester se mantenían fijos en la mirada mortecina de Cowell, su voz empezó a sonar lenta, cálida, monótona. No tardaron en percibir una especie de relajamiento en la expresión de Cowell, su cuerpo fue desmadejándose... no tardaría mucho en estar dormido... Pero, súbitamente, algo le hizo rebullir y una extraña energía afloró a sus pupilas enfrentándose retadoramente al influjo con que el doctor pretendía dominarle.

Los ojos del galeno sufrieron un pequeño desconcierto y un relámpago de terror afloró en ellos, su mirada perdió intensidad y retrocedió ante el misterioso poder que había aparecido en los ojos de Cowell... Sin embargo, logró rehacerse e imprimió a su mirada nuevo brillo mientras su voz volvía a sonar acariciante y desapasionada...

Espantados, fueron mudos testigos de aquella lucha. Las miradas se estrellaban una contra otra como dos espadas desnudas. Hubo momentos en que parecía que el doctor Forrester ganaba terreno y Cowell se relajaba, pero inmediatamente era presa de una de aquellas convulsiones y quedaba desembarazado de la influencia magnética...

El rostro del médico estaba bañado en sudor y su labio inferior colgaba tembloroso... Cowell también sudaba profusamente, las manos le brincaban sobre la colcha y su respiración jadeaba como un viejo fuelle de fragua...

Forrester vaciló, las venas de su cuello se hinchaban amenazando explotar, el temblor de su boca se acentuó y raudales de sudor le bajaron por el rostro crispado. Dio un paso atrás y con un alarido se tapó los ojos con las manos...

Todos estaban subyugados y Forrester por poco si cae al suelo. Fue Donovan uno de los primeros en reaccionar, sosteniéndole al

tiempo que gritaba:

—¡Vamos, rápido, está al borde del colapso! —aulló.

Estas palabras obró en los demás como un revulsivo y en un santiamén el doctor Forrester fue tendido en una cama al tiempo que Donovan masajeaba y propinaba fuertes golpes en su caja torácica...

Poco a poco fue reanimándose y su respiración se regularizó. Por su parte, Cowell yacía como muerto en el lecho, sus ojos habían vuelto a adquirir una expresión vítrea y solo la silbante respiración era el único signo de vida...

* * *

Un rato después, Forrester se hallaba en disposición de hablar. Su voz surgía quebrada, muy grave y penosa, como si le costase gran esfuerzo modular las palabras.

—Es... es horrible... —articuló—. Un... «Poder» desconocido se ha adueñado de ese hombre... Un inmenso «Poder» que debe subsistir chupando su vitalidad con aterradora voracidad...

Tuvo que hacer una pequeña pausa.

—Creo que... que esa misteriosa fuerza es la que produce el espectacular envejecimiento de las células humanas... Es... es como una especie de vampiro que vive gracias a las energías de su víctima... Las mantiene en constante vigilia porque es posible que solo así pueda ejercer su dominio sobre ellas.

—Y así, cuando las exprime hasta la muerte, ese «Poder» abandona el desfallecido cuerpo y busca otro donde cobijarse y alimentarse —concluyó uno de los doctores presentes.

—Así debe ser...

—Entonces el agujero producido en el muro pudo ser causado por ese «Poder» —hizo notar Skinner.

—Todo apunta en esa dirección —le contestó el mismo doctor.

Reinó un corto y angustioso silencio. Fue entonces cuando alguien exclamó:

—¡Eh! ¡Este hombre está muerto!

Todos volvieron la cabeza hacia el lecho que ocupaba Cowell. El desgraciado continuaba en la misma postura y con los ojos abiertos velados por el velo de la muerte. Ninguno de los presentes se apercibió de que hacía varios minutos que su respiración sibilante había dejado de escucharse.

CAPÍTULO 5

C

ORROBORADO el fallecimiento de Cowell, le cerraron los ojos y le cubrieron con una sábana.

—Es indudable que el intento de hipnotizarle ha acelerado su muerte —opinó uno de los científicos—. Ese... denominémosle «Poder», ha devorado más rápidamente el resto de sus menguadas energías al tener que enfrentarse al doctor Forrester.

La mayoría se mostró de acuerdo con este veredicto.

Skinner miró a Donovan y el gesto sobrecogido de este le alarmó. Se acercó a él y le tocó el brazo.

—¿Qué le sucede?

El forense permanecía como convertido en estatua. Skinner se asustó y le zarandeó.

—¡Donovan, Donovan!

Todos se habían percatado ya de la escena y dirigían sus interrogantes y medrosos ojos hacia ellos.

Donovan paseó una vacua mirada sobre aquellos afamados hombres de ciencia y expuso con voz neutra:

—Al parecer hemos pasado por alto un detalle estremecedor... Sabemos que ese «Poder», llegado de Dios sabe dónde, no es perceptible a ninguno de los sentidos humanos; sin embargo, queda demostrado que su conformación, que su estructura debe poseer alguna clase de cohesión molecular ya que traspasa los cuerpos sólidos. Y me remito a los cristales rotos en la mansión del doctor Baxter y al agujero que abrió en la pared del hospital días pasados.. Sabemos también que una vez que el cuerpo donde habita se extingue, ese «Poder» se apresura a introducirse en otro...

A sus palabras siguió un tenso silencio.

—Lo que el forense quiere decir —remachó Skinner con voz no muy firme —, es que, puesto que nos hallamos en una habitación cerrada, ese «Poder» no ha salido de aquí. Y que, como el cuerpo del que se nutría ha expirado, seguramente haya encontrado nuevo acomodo en uno de nosotros...

En todos los rostros se traslució un mismo miedo.

—De todas formas —prosiguió Skinner—. Esta noche se averiguará si este supuesto es cierto o no... Dios quiera que

ninguno de nosotros se pase la noche en vela, aun cuando esto suponga descalificar la teoría del forense.

—Bueno —intervino uno de aquellos hombres con batas blancas—. Tal vez nos estemos dejando llevar por el pánico. La doctora Hanlon y una enfermera estaban en la habitación cuando se produjo el agujero, y es evidente que el «Poder» pudo tomar a una de ellas como víctima. Sin embargo, no lo hizo.

—Sobre ese punto tengo también una hipótesis —requirió Donovan atrayendo la atención de aquellos sesudos varones en cuyas manos estaban las riendas de la ciencia—. El hecho de que el «Poder» haya elegido por tres veces consecutivas a hombres y no a mujeres, da pie a conjeturar que quizás sienta alguna clase de predilección por los representantes del género masculino, o que haya algo en las féminas que le repele... Así, escapó de la mansión del doctor Baxter aun cuando en ella había dos criadas, y volvió a escapar de la habitación del hospital a pesar de tener a unos metros a dos mujeres jóvenes y de perfecta salud...

La mayoría se manifestó más o menos conforme con las palabras del orondo forense.

—Es muy verosímil —habló el doctor Murray al tiempo que se ajustaba las lentes sobre la escurridiza nariz—. Posiblemente uno de nosotros esté ya condenado, y si es así la hipótesis del doctor Donovan se verá constatada. De todas formas, no creo que debamos centrar exclusivamente nuestra atención en el fatídico hecho de que uno de nosotros pueda correr tan escalofriante suerte... lo que en realidad debe absorber todos nuestros esfuerzos es la forma de combatir a ese «Poder», la forma de exterminarle o expulsarle de este mundo para siempre...

El doctor Murray hablaba con voz ceceante y su raquítrico cuerpo parecía no existir bajo la holgada bata blanca.

—Todo eso está muy bien —repuso uno de sus colegas—, pero sabe Dios cuánto tiempo puede pasar hasta que demos con un medio eficaz de combatir al «Poder». No hay que engañarse.

—En efecto —dijo otro—. No es nada fácil luchar contra algo que se desconoce por completo, que no sabemos cómo es ni de qué está formado, que ni los Rayos X ni las radiografías detectan su presencia. ¿Qué emplear contra él? ¿A qué puede ser sensible?

—Ciertamente, será una labor ardua —aceptó Murray—. Ese «Poder» probablemente sea una manifestación incontrolada de vida cósmica, un monstruo llegado hasta aquí de alguna lejana galaxia, o puede que solo se trate de un demonio escapado del Averno. Pero sea lo que sea, hay que acabar con él.

—¿Y cómo? Lo veo muy difícil.

—Tal vez si ahondáramos en las causas que motivan su rechazo hacia las mujeres.

—Bueno, ese es un terreno movedizo todavía. No nos cabe una absoluta certeza. Y aunque así fuese, puede que las desprecie únicamente por su débil constitución física.

Era una explicación en cierta manera razonable y la mayoría asintió a sus palabras.

—Puede ser —convino Murray—. Pero parece ser que hemos olvidado que basta conducir al afectado al sueño para que escape a la devoradora acción del «Poder». El doctor Baxter tuvo éxito, y si Hogben murió fue a consecuencia de su alto grado de extenuación. Si Hogben hubiese sido hipnotizado un par de días antes hubiese sobrevivido...

—Tenga en cuenta, doctor Murray —advirtió Forrester—, que el hipnotizamiento en sí no representa ningún remedio definitivo, no hace más que liberar del «Poder», si es que se consigue, pero deja al «Poder» en libertad de buscar nuevas víctimas. Y por otra parte, se ha demostrado que se precisa de un hipnotizador excepcional y aun así existen demasiados riesgos y escasas probabilidades de éxito.

—Lo admito, pero por algo hay que empezar. No podemos permanecer cruzados de brazos.

—No, no podemos; aunque actuar precipitadamente tampoco conduce a nada.

—Señores —pidió la palabra Barrow, el célebre bacteriólogo—, Este asunto nos desborda, creo que deberíamos recurrir a algunos eminentes colegas del extranjero.

—El doctor Flechert y el doctor Bregow llegarán esta noche procedentes de Estados Unidos. De Australia está en camino el reconocido Hawkins... —explicó Reed, cuyos estudios sobre la regeneración de la sangre se habían propalado universalmente.

—No creo que nuestros colegas puedan hacer mucho más que nosotros —terció Courbun, hablando por primera vez—. Lo que no debemos olvidar es que uno de nosotros, «uno» de los presentes —recalcó— está ya sufriendo la aterradora voracidad de ese ente desconocido. Si desde ahora mismo nos pudiésemos poner a trabajar sobre él tal vez consiguiésemos algún resultado...

—No sabemos todavía quién de nosotros alberga a ese monstruo —recordó Murray.

—Efectivamente; aunque tampoco parece muy difícil de averiguar. Si nos atenemos al hecho de que el «Poder» siente predilección por las personas de robusta constitución, no creo que

con nosotros haya tenido serios problemas de elección. Mírense unos a otros, excepto el teniente Skinner, todos sobrepasamos la cincuentena, tenemos mal color de cara y nuestros cuerpos se hayan laxos por una vida sedentaria y de estudio. Mal que nos pese, unos estamos acartonados, otros pachuchos, con el vientre colgante y la papada que temblequea al hablar... Solo el teniente Skinner presenta un aspecto sólido y fibroso.

Skinner tragó saliva.

—¡Eh, creo que se precipitan...! El doctor Forrester tendrá mi misma edad y no es ningún enclenque.

—Sí, pero está muy agotado por el esfuerzo realizado.

—De todas formas, recuerden que todo son meras suposiciones —objetó Skinner, súbitamente nervioso.

—Hasta cierto punto.

Skinner volvió a tragar saliva. Repentinamente se le había resecado la boca. Se sintió blanco de las miradas de aquellos sabios que le contemplaban ya como si quisieran descubrir en su rostro las primeras y terroríficas arrugas.

Resopló. Buscó los ojos de Donovan y el forense le rehuyó... Skinner pasó una mano insegura por su cara...

* * *

La llovizna caía suave e incansable. El tráfico era a aquellas horas fluido y las aceras se veían atestadas de gente con paraguas e impermeables que venían de sus trabajos. Pasaban grupos de jóvenes sonrientes y alegres y las luces de los coches se reflejaban en el pavimento mojado.

Skinner se detuvo en la confluencia de dos calles. Un guardia panzudo y cubierto de los pies a la cabeza con un impermeable negro, reluciente por la lluvia, dirigía la circulación a golpes de silbato y con mucho agitamamiento de brazos.

Hasta entonces no se dio cuenta que tenía los pies mojados. Miró el abigarrado movimiento de transeúntes y por un momento sintió el no ser uno de aquellos pacíficos ciudadanos que tras su jornada en la fábrica, en la oficina, en el banco o en el taller, regresaban al abrigo y calor del hogar sin más preocupación que pagar la letra del auto o esperar al próximo fin de semana para irse a pescar.

Aquellos seres eran felices sumergidos en la insulsa cotidianidad de sus vidas, en el metódico y sosegado discurrir de los días, alejados de peligros y sobresaltos...

Skinner maldijo por lo bajo. Si él fuese uno de aquellos presurosos viandantes iría pensando en llegar cuanto antes a casa,

calzarse las zapatillas, ponerse la bata y sentarse en el salón a beberse un whisky, charlar con su mujer, jugar con los niños o leer un libro... Pero no, era un policía habituado a contemplar todo tipo de horrores, de enfrentarse a las más siniestras situaciones, de correr tras los criminales por la oscuridad de los suburbios.

Sacudió la cabeza; después de todo en tales contingencias siempre existía una oportunidad de salir con bien. Pero ahora... si aquel insaciable ser extraterrestre se encontraba en su interior no tendría una sola carta a la que jugar. Estaba irremisiblemente abocado a un horrendo suplicio; ver con sus propios ojos cómo el cuerpo se agotaba y encogía perdiendo el vigor, tornándose quebradizo y liviano hasta que la piel violácea no cubriese más que un armazón de frágiles huesos...

Echó andar de nuevo y se dijo una vez más que el pesimismo no conducía a nada.

—¡Rayos! —barbotó entre dientes—. ¿Es que alguien puede estar contento bajo el peso de esta corrosiva duda?

Chocó con alguien que le pidió excusas. Ni le miró.

—¿Qué dirá Doris cuando me presente hecho una sopa? —refunfuñó.

El recuerdo de su bella esposa le formó un nudo en la garganta. ¡Oh, Dios! Hubiese preferido mil veces caer bajo la bala o el cuchillo de cualquier maleante que tener que esperar impotente un fin tan escalofriante.

¿Qué sería de Doris, de los niños? Por primera vez en muchos años los ojos le escocieron y las lágrimas le empañaron la mirada. No era ningún cobarde, había afrontado la muerte en más de una ocasión, pero entonces lo hizo con un arma en la mano, la sangre caliente y midiéndose con alguien al que podía abatir si era lo suficientemente rápido y certero. Pero ahora...

Pisó un charco y el agua le salpicó la§ perneras del pantalón. Una viejecita que pasó a su lado se le quedó mirando. Debía haberse dado cuenta de que llevaba los ojos brillantes de lágrimas.

Se detuvo en un penumbroso portal y encendió un cigarrillo con manos temblorosas. Extrajo el pañuelo se limpió los ojos y se sonó la nariz.

Los automóviles pasaban con los faros encendidos y los limpiaparabrisas funcionando. Las luces de los letreros salpicaban de manchas de color las tenebrosas masas de los edificios comerciales. Las nubes, bajas y densas, pasaban rozando las azoteas.

No quería morir, no quería; anhelaba con todas sus fuerzas seguir viviendo. Seguir viviendo para hacer el amor con Doris, para

sentirla suya, gozar de sus caricias, de su ternura... Seguir viviendo para aquellos hijos maravillosos que tanto le necesitaban. Para jugar con ellos, para reprenderlos, para protegerlos... ¡Quería vivir! ¡Estaba atado a este mundo! ¡Le gustaba la vida!

De nuevo los ojos se le velaron. El cigarrillo le supo amargo, sin embargo chupó de él con ansia. Todo era admirable en este mundo; el fumar, el beberse un whisky con Mathew y los demás compañeros, el andar por aquellas calles queridas a la caza del indeseable, el sentirse vivo, ágil, fuerte...

—¡Eh, oiga!

Skinner miró al hombre que le había hablado. Era un individuo de mediana estatura y cara de honradez, que le escrutaba con atención.

—¿Se siente mal, amigo?

A Skinner le costó hablar.

—No... no... gracias. Le agradezco su amabilidad.

El hombre se fue, no muy convencido, y antes de desaparecer giró la cabeza un par de veces.

Caminó de nuevo sin rumbo. Pasó junto a un bar muy iluminado, con la barra repleta de gente que bebía y charlaba despreocupadamente. Estuvo tentado de entrar.

—Debería irme a casa —se dijo—. Doris estará preocupada.

Pero temía el momento de ponerse ante sus ojos. Sabía que no podía ocultárselo. Nunca había podido ocultarle nada... ¡Doris, Doris! ¡Habían estado siempre tan unidos! No le había sido infiel ni en una sola ocasión. ¿Para qué? Ninguna mujer le daría lo que ella. Ninguna sería tan suave y cálida...

Todos sus años de felicidad los había pasado a su lado. Hasta conocerla no fue más que un tipo agrio y solitario. Su infancia y juventud no habían sido precisamente un camino de rosas. Su padre murió en el último año de la guerra, su madre volvió a casarse con un tendero que no le prestó la más mínima atención. Así se transformó en un mozalbete hosco y de pocas palabras que no logró granjearse demasiadas amistades. Cuando tuvo la edad, se enroló en el Ejército y tras cuatro años en él, pasó a la policía.

No tuvo ninguna novia hasta que conoció a Doris; sí algunas aventuras, meros contactos sexuales que no le dejaron ninguna huella. Pero con Doris todo cambió, fue como si toda su existencia se iluminara de pronto. Él mismo no creía en su propia suerte cuando comprobó que la muchacha aceptaba sus tímidos y torpes galanteos...

Un coche frenó bruscamente a unos pasos de él y por la

ventanilla asomó una cabeza de hombre.

—¡Eh, teniente! ¡Teniente!

Skinner salió de sus ensueños. Mathew le hacía señas para que se aproximara al automóvil.

—¡Está calado hasta los huesos! —exclamó el veterano policía cuando le vio de cerca—. ¡Vamos, suba! ¿Qué hace ahí como un pasmarote?

—Yo... pues...

—¡Vamos! Le invito a un trago.

Subió de forma automática. Mathew le espió por el rabillo del ojo mientras sorteaba el intenso tráfico de coches y peatones. La faz de Skinner le alarmó: estaba pálido, tenso, desencajado y con los ojos enrojecidos.

Algo muy grave debía ocurrir; no obstante, condujo en silencio. Mathew estaba demasiado experimentado para no saber cuándo convenía mantener la boca cerrada.

Diez minutos después ocupaban una mesa en una cafetería y tras tomar unos sorbos de coñac, empezó a hablar.

* * *

Tras el relato del teniente el silencio gravitó sobre ambos hombres. Mathew tenía ahora un gesto dramático en su cara y sus manos se retorcían nerviosamente sobre la mesa.

—¡No lo puedo creer! —saltó.

—Pues así están las cosas. Realmente no tengo muchas posibilidades. Todo apunta a que yo sea la nueva víctima de ese «Poder» pavoroso que se alimenta de hombres.

—¿Pero qué clase de manifestación de vida extraterrestre es esa criatura horrible?

—Nadie tiene la menor idea. Solo sabemos que existe, que cohabita dentro de nosotros y que devora las energías de un hombre en unos cuantos días.

—Supongo que probarán a hipnotizarle. Si el doctor Baxter tuvo éxito con Hogben puede suceder otro tanto con usted. Todo es cuestión de moverse con rapidez.

—No sé, Mathew... El hipnotizamiento en sí es muy peligroso, se necesita de un hipnotizador fuera de serie y los resultados son inciertos. Forrester se jugó el tipo y al final no consiguió más que acelerar la muerte de Cowell.

—¡Pero no van a dejar que tú sigas el mismo camino sin hacer nada!

—Ya pensarán algo...

Mathew golpeó fuertemente la mesa con ambas manos.

—¡Diablos! Esa gente perderá el tiempo en ponerse de acuerdo.

Skinner miró con aprecio a su amigo y compañero.

—Todavía mantengo la recóndita esperanza de que dentro de mí no ande ese monstruo. Y aunque deseo esto con toda mi alma, me doy cuenta de que ello no representa ninguna solución. Si me libro esta vez, puede que otro día me sea imposible. E igual sucederá contigo y con todos los hombres medianamente fornidos de la ciudad.

Mathew asintió.

—Sí... es verdad, pero como humanos somos egoístas. Todo el mundo sabe que hay gente que muere de cáncer y rezamos para que no contraigamos tan temible enfermedad. No se la deseamos a nadie, pero nos horroriza pensar en que el mal nos afecte.

Skinner escondió el rostro entre las manos apesadumbrado.

—¡Oh! ¡Es angustioso hallarse en tal situación! ¡Es insufrible pensar que vas a convertirte en una ruina física dentro de unos días! ¿Cómo voy a decírselo a Doris?

Mathew apretó el brazo de su amigo y un gesto de dolor arrugó su rostro.

—¡Maldita sea, maldita sea! —rumió—. ¡Debe existir una manera de combatir a esa bestia devoradora de hombres! ¿No se da usted cuenta? ¡Si no se consigue vencerlo, ese maldito «Poder» acabará con toda la Humanidad! ¡Solo será cuestión de tiempo!

* * *

Al detener el auto, Mathew exclamó:

—¡Eh, veo el coche de Donovan ante tu casa!

Los dos hombres se miraron. Una lucecita de esperanza se encendió en el par de ojos.

Se apearon. Continuaba lloviendo levemente y se habían levantado brucas ráfagas de aire huracanado que levantaba los impermeables de la gente que transitaba, y volvía sus paraguas. Era de noche cerrada y las ventanas de los bloques de viviendas se hallaban encendidas dando la impresión de inmensas colmenas.

Recorrieron en pocas zancadas el trecho que les separaba de la vivienda de Skinner y tomaron el ascensor. Durante el trayecto no pronunciaron palabra.

Doris les abrió la puerta. Por sus ojos Skinner supo que estaba al corriente de todo.

—Donovan y unos señores llevan más de una hora esperándote.

Skinner tomó a su mujer por los brazos. Estaba fría y envarada.

—¿Qué te han dicho? —tronó.

Donovan vino hacia ellos.

—Lo siento, Skinner, pero no tuvimos más remedio... insistió e insistió. Por otro lado, tenía que enterarse; aunque ya le hemos recalcado que nada es seguro.

Por unos instantes nadie supo en qué desembocaría la expresión torva e iracunda de Skinner. Su mujer se abrazó a él.

—No debes enfadarte con ellos, cariño. De todas formas estoy segura de que ese ser de otros mundos no está dentro de ti. Lo sé, me lo dice el corazón.

Sin embargo, Skinner la sentía estremecerse como un pajarillo.

Pasaron al salón. El doctor Barrow y Courbun se encontraban allí instalados. Ambos se levantaron.

—Teniente —habló Courbun adelantándose un paso—, reconozco que todo esto es muy delicado, pero cada segundo que transcurre trabaja en contra nuestra...

Skinner contemplaba muy serio a ambos hombres. Courbun poseía una cabeza de huevo, sus ojos resultaban en exceso saltones y la boca sin labios parecía un corte en la descolorida piel.

—... Hemos elaborado un plan en el que tenemos fundadas esperanzas —seguía diciendo Courbun.

Skinner parpadeó.

—¿Un plan?

Había una nota de expectación en su voz.

—Pero el sacrificio... de usted o de quien albergue al «Poder», es absolutamente necesario.

Skinner ahogó un suspiro.

—¿Qué clase de plan?

—Bien, si no nos hemos equivocado mucho puede que terminemos con ese monstruo extraterrestre de una vez para siempre. La idea es la siguiente: Hemos dado la orden de construir en un lugar apartado un «bunker» con paredes de hormigón armado de tres metros y medio de espesor y con todos los detalles técnicos precisos. El Primer Ministro ha sido puesto en antecedentes y nos ha concedido prioridad absoluta; esta misma noche volarán hacia el sitio elegido todos los técnicos, maquinaria y materiales necesarios. Mañana mismo ese «bunker» estará construido y equipado conforme a nuestras directrices. Se trata de introducir en ese habitáculo a la persona que sirva de alimento al «Poder». Ya sabemos que esa criatura no puede traspasar los muros como no sea violentamente, y no creemos que pueda llegar a desarrollar la potencia requerida para horadar un muro de hormigón armado de tres metros y medio

de espesor...

»El primer objetivo que buscamos es encerrar al «Poder», mantenerle prisionero en el interior del «bunker». Una vez devore a la persona en que ahora anida y esta muera exangüe, el «Poder» se encontrará en una mazmorra que no podrá forzar. ¡Y nadie más le servirá de pasto!

Courbun tomó aire.

—Una vez mantenido en reclusión, mediante los aparatos necesarios que van incorporados el «bunker»: Circuitos cerrados de televisión, micrófonos, emisores, instrumentos para subir la temperatura a miles de grados o bajarla hasta licuar el aire. Dispositivos para graduar la presión a nuestro antojo, para producir humedad o sequedad, para inyectar gases y productos químicos, para producir el vacío, para emitir toda clase de ondas, y... en fin, para llevar a cabo todos los ensayos y experimentos que se requieran para determinar la naturaleza, comportamiento y sensibilidad de ese ente extraterrestre llegado de Dios sabe qué remoto confín del universo. Por último, no sería extraño que ese «bunker» fuera finalmente sepultado bajo toneladas de cemento... Bien, ¿qué contesta?

Skinner afirmó con la cabeza.

—Es un plan magnífico. Pueden contar conmigo.

—Tendrá que dar la conformidad por escrito cuando exista certeza.

—Conforme.

Hubo una pausa que se hizo insostenible. Nadie sabía ya qué decir...

Fue Skinner quien la rompió para decir con sencillez:

—Bueno, señores, si desean una copa...

Entonces todos se apresuraron a dar excusas y se despidieron. El último en hacerlo fue Mathew, quien estrechó la mano de su compañero y superior sin poder decir palabra.

CAPÍTULO 6

Q

UEDARON solos y se miraron a los ojos largamente, ahondando el uno en las pupilas del otro, repasando tantas horas de mutua dicha, de amor apasionado, de tiernos momentos... Fue un buceo instantáneo al fondo de aquellas dos almas gemelas desde hacía años.

Correspondió a la mujer romper el hechizo. Tomó de la mano a su esposo y le condujo a su sitio preferido del sofá. Después se dirigió al mueble bar y le preparó un whisky con soda. Le despojó de los zapatos y calcetines y le calzó las zapatillas.

—Tómate el whisky mientras te preparo un baño de agua caliente. Tienes las ropas totalmente mojadas.

Skinner la dejó hacer. Tomó un sorbo y el licor bajó hacia su estómago expandiendo un reconfortante calor. Escuchó a Doris trajar en el cuarto de baño y el chorro de agua del grifo caer en la bañera.

Se sentía molido, le dolían los pies y le pesaban los brazos. Habían sido unos días muy fatigosos. Esto, unido a la tensión nerviosa a que había estado sometido en las últimas horas, le habían dejado hecho cisco... ¿O es que acaso eran los primeros indicios reveladores de que en su interior el monstruo comenzaba a minar su lozanía?

Espantó rápidamente este último pensamiento. No quería amargarse.

Apareció Doris.

—Anda, termina el whisky, que el baño te espera.

Skinner obedeció. Sabía que su esposa realizaba esfuerzos indecibles para comportarse con normalidad, como si nada ocurriese. Posiblemente aquella era la última noche que pasarían juntos y de nada servía enturbiarla con llores y lamentos.

Caminó hacia el cuarto de baño. Se desnudó lentamente y se introdujo en el agua. Estaba tan caliente que al principio sintió quemazón, pero después gozó del placer del agua obrando como un sedante en sus cansados miembros.

Como de costumbre, Doris le tenía su pipa preparada. La encajó entre los dientes y prendió fuego al tabaco. Dio un par de fuertes

chupadas y una nube de humo aromático se extendió por encima de su cabeza.

Se sintió de pronto muy plácidamente, relajado. El coñac, el whisky, el agua caliente y el tabaco, parecían surtir los efectos de una droga...

Se acomodó en la bañera y miró al techo...

* * *

Doris, entretanto, sacaba de los distintos cajones la ropa necesaria para su esposo. Ahora, en solitario, las lágrimas rodaban gruesas y abundantes por su rostro. El mundo entero se había derrumbado inopinadamente sobre ella. Toda su felicidad, su vida, su hogar... todo quedaba hecho trizas si faltaba él. ¡No podría soportarlo! ¡No podría!

Las lágrimas le cegaban y tuvo que sacar el pañuelo y enjugarlas.

Nadie sabía cuán bondadoso, comprensivo y lleno de afecto podía resultar su esposo. Quienes no le conocían íntimamente se sentían impresionados por su aire ceñudo y su áspero lenguaje, pero todo aquello era pura fachada. Skinner guardaba en su interior un tesoro inagotable de cariño. Sus hijos le idolatraban y sus amigos más allegados darían su brazo derecho por él. Y ella... ¡ella no sabría vivir sin su compañía!

Las lágrimas se deslizaron de nuevo ardiente e incontenibles por sus mejillas.

Recordaba que apenas si llevaban un año de casados, cuando ella le expuso la conveniencia de que cambiase de profesión. Nunca hasta entonces habían abordado esta cuestión y Skinner acogió esta propuesta con un prolongado y frío silencio.

—No veo ninguna razón para cambiar de profesión —había aducido—. Me gusta mi trabajo... ya sé que no se gana ninguna fortuna, pero en la policía tengo a todos mis amigos. Es mi ambiente... dentro de unos meses ascenderé a sargento y...

—Es un oficio peligroso —arguyó ella —, faltas muchas noches de casa, no tienes horario y yo no vivo tranquila temiendo que un día u otro te ocurra algo malo.

Él se estrujó sus grandes manos.

—Lo siento, Doris, pero... no sabría hacer otra cosa. Yo no sirvo para vendedor ni para soportar la rutina de una oficina.

—Debes pensar en que pronto vamos a tener un hijo.

—¿Y qué? Todos los policías casados que conozco tienen hijos, y no creo que ello represente para ellos ningún problema.

—Cariño, ¿qué sería de nosotros si a ti te pasara una desgracia?

—Sabes muy bien que hoy día los riesgos son mínimos.

—No tanto.

Skinner se mantuvo caviloso, con el ceño fruncido.

—Doris, cuando nos casamos tú sabías que yo era policía y que estaba orgulloso de serlo...

—¡Pero es que ahora tienes unas responsabilidades hacia mí y hacia el hijo que va a nacer! —replicó ella, alzando la voz.

—Escucha; según ese razonamiento no habría un solo policía casado. Debes darte cuenta que...

—¡A mí no me interesan los demás, solo nosotros!

Y con este irrazonable arranque le había dejado solo. Fue la sombra más grave que se cernió sobre su matrimonio. Durante unos días estuvieron sin hablarse apenas, pero su marido no cedió y ella comprendió que debía adaptarse. Skinner jamás sería un hombre pleno fuera del cuerpo y no le quedó más remedio que aceptarlo así.

Y la verdad es que no se arrepentía de ello, aunque había pasado por malos tragos. Como cuando le hirieron en la clavícula de un balazo. No fue nada grave, sin embargo sus antiguos temores se avivaron. Empero, no los exteriorizó ¿para qué? Habría sido inútil. Su esposo había realizado una verdadera hazaña y le recompensaron con el ascenso a teniente. Skinner no cabía en sí de puro regocijo y sus hijos prácticamente le habían encumbrado a héroe nacional. Así que arrinconó sus temores y participó del sano orgullo familiar.

De nuevo se secó las lágrimas. Debía dejar de llorar o se le pondrían los ojos enrojecidos. Deseaba que aquella noche, tal vez la última, fuese como las demás. Y no podría serlo, si continuaba lloriqueando... ¿Pero cómo evitarlo? Tenía el corazón desgarrado, solo a duras penas resistía el desmoronamiento...

Apiló las prendas y tras suspirar largamente se dirigió al cuarto de baño.

La habitación estaba llena de humo y del vapor del agua caliente.

—No sé cómo no te asfixias aquí —dijo, y al momento se arrepintió de la frase.

No obtuvo respuesta.

Se aproximó a la bañera.

—Cariño, cariño...

La cabeza de Skinner era lo único que sobresalía entre la espuma. La tenía echada hacia atrás y girada a un lado.

El corazón de la mujer le dio un vuelco y brincó alocado en su

pecho. Su boca se abrió en una mueca crispada... Sin embargo el gesto no cuajó. Algo lo dejó en suspenso: el sonido regular y profundo de una respiración.

Se acercó más. Y entonces lo comprendió: ¡Estaba dormido! ¡Dormido!

Una carcajada de histérica alegría restalló incontenible en sus labios. Aquello despertó a Skinner que abrió los ojos con sobresalto.

—¡Eh! ¿Qué... qué sucede?

Doris le abrazó la cabeza sin darse cuenta que se llenaba de espuma.

—¡Es que no lo comprendes! ¡Te has DORMIDO! ¡DORMIDO!

Skinner se incorporó vivamente y durante un segundo quedó como petrificado. Luego soltó también una nerviosa carcajada.

—¡Es verdad! —gritó—. ¡Me he dormido! ¡Me he dormido!

—¡Sí! ¡Ese monstruo no está dentro de ti! ¡No morirás! ¡No morirás!

Skinner se volvió serio de repente.

—Mentiría si negase reconocer que me alegro infinitamente de no ser yo el elegido por esa criatura alucinante; puede que esto sea mezquino, pero no puedo evitarlo.

Doris le revolvió el cabello.

—No es mezquino, cariño, el ansia de seguir viviendo es perfectamente legítima.

—Tal vez... De todas formas me siento egoísta.

—Ese sentimiento es absurdo, es el destino el que señala los avatares de la vida. Y cuando te llegue tu hora, nada ni nadie podrá torcer tu sino. Así que no tienes por qué sentirte culpable de estar alegre por salvarte de tan funesto trance...

Skinner meneó la cabeza dubitativo.

—Anda, sal ya del agua o criarás escamas como los peces. Tienes que llamar a Mathew y a Donovan. Sobre todo al primero, se le veía muy afectado.

—Mathew es un buen hombre y un compañero excelente. Será un júbilo para él el enterarse.

Desde el interior de la casa les llegó una mezcla de airadas voces de niños.

—Ya están esos mozalbetes armando camorra. Iré a poner un poco de orden. Tú vete vistiendo.

Skinner no obedeció de inmediato. Permaneció unos minutos más en el agua, con la mirada perdida y una expresión indescriptible en su aquilina faz.

El páramo de Shafton era un lugar sombrío, melancólico y desierto. Ningún camino ni sendero atravesaba aquella considerable extensión de tierra desolada y hasta los animales salvajes evitaban aquel medroso paraje sobre el que la imaginación popular había tejido aterradoras historias.

En uno de sus extremos se ubicaba una zona de terrenos pantanosos y de este foco infecto partían tufaradas malolientes que el viento se encargaba de arrastrar por todo el páramo.

Casi en el centro de este siniestro y estéril paisaje, de la noche a la mañana se concentró una legión de hombres con todo tipo de maquinaria que atronaron con su estrépito el espectral silencio del páramo. Durante días, aquellos afanosos hombres y sus descomunales máquinas trabajaron sin desmayo. Luego desaparecieron con la misma prontitud, dejando tras sí una construcción baja, gris, semiesférica, sin ninguna clase de ventanas ni chimeneas y con una alta red de alambre de espino ciñendo un amplio círculo a su alrededor.

Algunos de los trotamundos y viejos cazadores que se atrevían a adentrarse en aquellas soledades, despreciando las vaharadas nauseabundas y venenosas del pantano, y a los malos espíritus forjados en las leyendas, se habrían quedado sorprendidos ante aquella valla infranqueable de afiladas púas, tras la cual podía verse aquel redondo bloque de cemento como si de una extraña y proterva bestia se tratase...

No muy lejos se levantaba otro edificio, este más convencional, aunque con exceso de antenas y raros artilugios que alteraban por completo su natural fisonomía de barracón de pastores.

Y si tales cazadores o trotamundos hubiesen podido atisbar el interior de aquel barracón habrían quedado boquiabiertos. Todo estaba cubierto por infinidad de paneles con lucecitas de colores, pantallas de todo tipo y sofisticados aparatos que atendían una decena de hombres...

* * *

Gracias a los oficios de Donovan, a Skinner se le permitió ser testigo del último acto del horripilante drama, no sin que para ello el forense tuviese que bregar lo suyo y tener que recurrir a los omnipotentes Barrow y Courbun.

Corría un viento glacial por la desnuda y brumosa llanura mientras contemplaban al helicóptero que transportaba al doctor Forrester, tomar tierra.

Forrester venía en camilla y a Skinner le costó trabajo

reconocerle. Nada en aquel cuerpo enteco y extenuado, de barba blanca, ojos hundidos y piel apergaminada, recordaba al pelirrojo y macizo médico.

—¡Dios bendito! —exclamó Skinner espeluznado—. Parece imposible que en cinco días pueda operarse tal transformación.

Donovan, que estaba a su lado, bien envuelto en un grueso abrigo y con la cara semioculta por una bufanda, no aventuró comentario alguno.

La camilla fue llevada hasta el «bunker» que mostraba una abertura cuadrangular por donde fue introducida. Cuando salieron los camilleros se escucharon una serie de chasquidos y, una tras otra, fueron cayendo cinco pesadas compuertas de acero.

—Cada una tiene un metro de espesor y están construidas con acero especial para blindajes. Se puede asegurar que no existen proyectiles capaces de atravesarlas.

—Uh... al «Poder» le están poniendo las cosas difíciles.

Penetraron en el barracón.

—Tomemos algo caliente —sugirió Donovan—, hay que esperar a que el pobre Forrester expire...

El helado crepúsculo enturbiaba el triste paraje, cuando se corrió la voz de que Forrester había fallecido, ya que los aparatos que vigilaban sus constantes vitales no señalaban el menor indicio de vida.

—Bien —susurró Donovan—, ahora es cuando comienza verdaderamente la batalla.

Inesperadamente surgió de los altavoces un fortísimo estampido que les ensordeció y los sensores vibratorios parecieron volverse locos al tiempo que se detectaba en el interior del «bunker» una presencia con energía propia.

Los altavoces fueron instantáneamente atenuados de volumen, manteniéndolos en un grado perfectamente audible. Tras la detonación, por los altavoces surgió un ruido chirriante, cascado e ininterrumpido. Un sonido que hasta ahora ninguno de los allí reunidos había escuchado.

Sin embargo, las pantallas de televisión continuaban sin mostrar forma visible alguna a excepción de la camilla en mitad del «bunker».

De nuevo, un estruendo explotó en los altavoces y los sensores vibratorios se movieron rápidamente.

—¿Sabe lo que eso significa? —preguntó Donovan.

—Pues... —dudó Skinner.

—El «Poder» se está lanzando contra las paredes del «bunker»;

está chocando con ellas intentando salir de esa ratonera.

—Demonios...

Courbun, que se movía por entre los distintos controles, preguntó:

—¿Existe algún riesgo de resentimiento del «bunker» si esos asaltos continúan?

—No —le contestaron—, es demasiado sólido. Se necesitarían encontronazos de muchísima más potencia para que hubiese peligro de resquebrajamiento.

—¿Y qué potencia se le calcula a cada uno de esos porrazos?

—Pues... imagínese a un camión de mediano tonelaje lanzado a noventa kilómetros por hora... Esa es la fuerza con que se golpea a los muros.

Skinner intercambió una mirada incrédula con Donovan.

Reinaron unos minutos de silencio. Todas las miradas estaban clavadas en los monitores de televisión, pero nada aparecía en ellos.

—Esa criatura debe haberse dado cuenta de que le es imposible horadar los muros —comentó en voz baja Skinner.

Transcurrieron unos diez minutos sin que sucediese nada. El silencio era conventual, únicamente se oía aquella estridencia chirriante y monótona. Todos los ojos permanecían clavados en los diferentes controles.

—Bien —dijo Courbun—. Empezaremos por subir la temperatura y la presión.

Diferentes mecanismos fueron accionados y de nuevo el silencio se enseñoreó en el interior del barracón.

—Temperatura, sesenta grados —anunció una voz, minutos después—, presión vez y media la atmosférica.

—Continúen subiendo la temperatura.

Otros minutos de tenso mutismo.

—Cien grados.

—Suban hasta ciento cincuenta.

Por las pantallas apreciaron que las sábanas que cubrían el cadáver echaban humo.

El aliento de todos parecía suspendido. Los ojos no se movían de las pantallas.

—Lleguen hasta los doscientos —ordenó Courbun—. Por fuerza el calor ha de influir en algún sentido en ese ser.

Divisaron perfectamente cómo las sábanas se tostaban y los cabellos y barba del cadáver se consumían.

—¡Suban, suban! —mandaba impaciente Courbun.

Durante minutos fueron testigos de la incineración del cadáver

de Forrester. Y cuando menos lo esperaban volvió a retumbar otro estampido. En esta ocasión la vibración que señalaron los controles fue mucho mayor.

—La potencia de choque ha aumentado considerablemente —se anunció—, aunque sigue sin entrañar amenaza para el «bunker».

—¿Crecerá la fortaleza del «Poder» con el calor? —preguntó Courbun—. Hay que averiguar: continúen aumentando la temperatura.

El sonido chirriante se tornaba más y más agudo.

Skinner sentía la boca pastosa. En las pantallas de televisión se podía ver la camilla y un montón de cenizas sobre ella.

El impacto que sobrevino fue notablemente superior a los anteriores y las agujas de los controles se movieron frenéticas.

Y apenas las agujas volvieron a cero cuando otro embate las hizo moverse alocadamente. Y después otro...

—Es obvio que el calor multiplica su poderío.

—Así es, la potencia de choque es diez veces mayor.

—Bien, basta ya de «vitaminar» a nuestro amigo. Ahora veremos cómo le sienta un poco de frío. Desciendan hasta los cero grados.

Los sucesivos choques fueron disminuyendo en potencia y en frecuencia. De los treinta a cero grados no se produjo ninguno y el ruido ininterrumpido que escapaba de los altavoces era ahora más escaso, más chirriante...

—Es indudable que el frío merma su virulencia.

—Bajen hasta el máximo. Hay que ver hasta qué límites le altera el frío.

La escarcha se formaba ya en algunos puntos del «bunker» cuando «algo» se hizo visible en los monitores de televisión.

—¿Qué diablos es eso?

Una forma alargada, azul pálido, como una voluta de humo, parecía flotar en el interior del «bunker».

—Sus dimensiones son de ciento treinta por cincuenta centímetros. Su naturaleza nos es desconocida a simple vista. La estructura parece gaseosa, pero ofrece una coherencia molecular mayor que la de cualquier gas... ¡Varía de forma! ¡Eh, ahora su densidad se hace mayor, adquiere un estado semisólido!

—¿Qué nivel de energía se registra en el interior del «bunker»?

—Muy bajo.

En ese momento un silbido agudísimo traspasó los tímpanos de los allí presentes.

—¿Qué es ese sonido infernal?

—No lo sabemos.

—¡Bajen los amplificadores! ¡No hay quien lo aguante!

En el interior del «bunker» el carámbano se había adherido a las paredes proporcionando un aspecto extravagante a aquel recinto circular...

—¡Eh! ¡Observen eso!

Aquella forma alargada y etérea había ido tomando un volumen definido y su silueta recordaba en mucho a la de un cuerpo humano. Únicamente la cabeza resultaba demasiado abultada en relación al resto del cuerpo...

—¡Está cambiando de color!

En efecto, aquel ser no solo adquiría proporción, sino que su color se trocaba conforme tomaba semejanza humana. El primitivo aspecto humoso se transformó en una bien recortada figura carmesí en la que podían discernirse vagamente algunos rasgos que podían confundirse con los de una persona...

—¡Santo Dios!

Inesperadamente, los monitores de televisión empezaron a sufrir fuertes interferencias y el interior del «bunker» se borró de las pantallas.

—¿Qué sucede?

—¡Han aparecido unos fuertes e inexplicables agentes perturbadores!

—¡Los aparatos de control también están sin rumbo!

—¿Creen que todo este desbarajuste lo está produciendo ese demonio?

En ese instante, un fortísimo chasquido cortó a todos la respiración. Luego volvió la calma y las imágenes retornaron a las pantallas.

La visión semihumana había vuelto a presentar forma etérea, de nube traslúcida que permanecía suspendida en medio del «bunker».

—Descenderemos hasta el máximo. Veremos qué ocurre.

En pocos minutos se llegó al tope sin que se registrara el menor cambio dentro del «bunker» que se había revestido de hielo.

Durante unos minutos esperaron con la mirada fija en los indicadores y en las pantallas de televisión.

—¿No será una forma de autodefensa contra el frío?

—¿Y si realmente estuviese liquidado?

Diez minutos después la situación permanecía idéntica. Hubo un cambio de opiniones y se acordó ir subiendo poco a poco la temperatura e ir estudiando las reacciones del extraterrestre.

Paulatinamente se alcanzaron los treinta grados sin que aquella «nube» presentase la menor alteración ni respondiese a tales

excitaciones caloríficas.

Se estacionó la temperatura y mediante rayos se intentó analizar la «nube» y el éxito fue más que dudoso pues aquella estructura no se componía de ninguna de las materias orgánicas e inorgánicas conocidas. Se buscó estimularla y para ello se propusieron toda una gama de cambios de presión, humedad, creación de campos magnéticos, introducción en el «bunker» de sustancias químicas diferentes, etc...

No resultó; la «nube» siguió imperturbable.

—Está bien, muchachos —dijo Courbun—, tomemos un trago y cenemos algo.

Aquella gente sabía hacer bien las cosas. Skinner saboreó una sopa de setas y un asado que le pareció estupendo. Y el whisky no admitía el menor reparo.

Las emociones vividas no parecían haber disminuido el voraz apetito de Donovan que repitió de todo.

Skinner se hallaba confundido e impresionado como para hacer otra cosa que comer y escuchar.

—Debe existir alguna forma de ponerse en comunicación con esa criatura —repetía el forense sin dejar de engullir—. Courbun no está actuando como debiera: se limita a someterle a experimentos no preconcebidos, caprichosos, inmorales...

—¿Inmorales?

—Lo que hay dentro de ese «bunker» es algo vivo, con inteligencia y puede que hasta con sentimientos.

—Eh... bueno; supongo que habrá que terminar con esa pavorosa amenaza como sea.

—No es eso lo que yo opino.

—¿No? ¿Y qué es entonces?

—Mira, Skinner, lo que urgía era evitar que el «Poder» cometiese más víctimas. Conseguido esto, no veo por qué hemos de limitarnos a destruirlo sin más.

—¿Qué harías tú entonces?

—Intentar comunicar con él. El «Poder» no es una fuerza irracional, descontrolada, tiene capacidad de raciocinio y muy posiblemente proviene de una civilización muy superior a la nuestra.

Skinner sopesó lo dicho por el forense.

—Quizás no andes muy desacertado.

—De cualquier forma, no se perdería nada. Tenemos a esa criatura a buen recaudo, ningún daño puede hacer, ¿por qué no aprovechar para sacar algo positivo de esta pesadilla? Todo lo que

estamos haciendo hasta ahora es torturar a ese ser.

—Demonios, Donovan, yo no diría tanto —replicó Skinner—. ¿Olvidas lo que hizo con Hogben, Colby, Cowell y Forrester?

—De ningún modo, aunque hay que pensar que tal vez actuó de esa manera por puro instinto de supervivencia. Vamos a ver, ¿no sacrificamos nosotros a los pollos, a los cerdos y a los terneros para sustentarnos?

Skinner tuvo que reconocer que las palabras del forense no carecían de lógica.

—Así expuesto... de todas formas, tengo una objeción que efectuar.

—¿Cuál?

—¿Por qué el «Poder» no intentó ponerse de alguna manera en comunicación con los humanos?

—Para esa pregunta no tengo repuesta; aunque tampoco se puede justificar así lo que estamos haciendo. ¿Puede una injusticia justificar a otra? Además, hay que tener muy presente que ese ser se hallaba en un mundo desconocido y hostil para él, y el afán de supervivencia quizás pudo más que ninguna otra consideración. Y ese no es nuestro caso.

Skinner encendió un cigarrillo.

—¿Y tienes alguna idea de cómo ponerte en contacto con él?

—Pudieran estudiarse varias, por lo pronto podríamos intentarlo con la telepatía.

El teniente afirmó ya decididamente.

—Sí, es mucho más cuerdo lo que tú dices, que proseguir achicharrando o helando al extraterrestre. ¿Qué te impide proponérselo a Courbun?

Donovan torció el gesto.

—Ese viejo con cabeza de huevo es terriblemente suspicaz y soberbio. Se negará a secundar ninguna iniciativa en la que él no haya intervenido.

—Ya en una ocasión lograste mantener tu criterio; inténtalo otra vez. No van a ser tan acérrimos como para no darse cuenta de lo sensato de tu propuesta.

El avispa forense se limpió pensativamente los gruesos labios con la servilleta de papel.

—Lo haré; me esforzaré en hacérselo comprender.

CAPÍTULO 7

C

UANDO Skinner vio acercarse al forense coligió por el calor arrebolado de su rostro que sus argumentos no habían sido bien acogidos por Courbun. Siempre que algo contrariaba seriamente a Donovan se le congestionaba el semblante.

—¡Viejo engreído! —refunfuñó por lo bajo apenas estuvo junto al policía.

—No te ha hecho caso.

—¿Caso? Poco le ha faltado para tildarme de demente.

—¿Y qué planes tienen ellos?

—Todo un muestrario de disparates: por lo pronto van a producir en el interior del «bunker» descargas eléctricas. Piensan también inyectar oxígeno puro, hidrógeno y diferentes gases tóxicos. Y si esto no resulta, echaran mano a combinaciones de ruidos y luces verdaderamente alienantes. Desde luego no han podido imaginar un sadismo más refinado.

Las descargas eléctricas fueron creciendo de voltaje a medida que se comprobaba el nulo efecto que producían en la «nube».

Donovan estaba cada vez más fuera de sí.

—¡Imbéciles! ¿Qué rayos pretenderán conseguir así?

—¿Crees que esa «cosa» puede haber resistido?

—Puede que sí... cada vez estoy más seguro que ese estado nuboso no es más que una autodefensa.

—Entonces ese ser es prácticamente indestructible.

—No diría yo tanto; es cierto que se emplean contra él medios altamente mortíferos para el ser humano, pero él no es humano, y desconocemos las Leyes por las que se rige su naturaleza. De todas formas de lo que no hay duda es que es algo extraordinario, apabullante... Por eso me parece cada vez más descabellado lo que Courbun está haciendo. Terminará dando con el arma letal para esa criatura y perderemos una ocasión, quizás irrepetible, para sondear en campos abandonados hasta ahora a la ciencia-ficción.

La sesión fue perdiendo interés pues la «nube» se mantenía incólume a gases, luces y ruidos. A medianoche, la mayoría de los hombres se retiraron a descansar, estableciéndose entre los científicos un turno de vigilancia por si tenía lugar algún cambio

transcendente.

* * *

Skinner dormía a pierna suelta cuando unas manos le zarandearon bruscamente.

—¡Eh! ¿Qué diablos...?

Vio la cara descompuesta de Donovan muy cerca de él. Tenía los ojos extremadamente abiertos, la boca crispada y las mejillas colgantes. Jadeaba al respirar y tenía la ancha frente perlada de sudor.

—¡Skinner, Skinner!

El policía intentó despejar las telarañas del sueño de su mente.

—¿Qué... qué pasa?

—¡Ha sucedido algo inconcebible! ¡Inconcebible!

Skinner se sentó en el lecho desasiéndose de las temblorosas manos del forense.

—Tranquilícese, Donovan...

—¡Ha sido impensable, prodigioso! ¡El extraterrestre me ha hablado! ¡Me ha hablado!

Skinner esperaba todo menos aquello. Quedó pasmado.

—¡Debes creerme! ¡Debes creerme! —insistió el forense.

—Pero...

—¡Ha debido utilizar la telepatía! Verás, yo estaba dormido cuando de súbito empecé a escuchar en mi cerebro unas palabras muy claras, nítidas, de una nitidez que no correspondía a las cuerdas vocales de un ser humano: «Soy un habitante de Virnuns, de la galaxia Oromena, desconocida para los terrícolas. Llevamos mucho tiempo enviando misiones exploratorias por todo el Universo. En uno de estos viajes, nuestra nave sufrió una serie de averías que condujeron a la catástrofe. Yo pude utilizar uno de los módulos y vagué por los espacios intergalácticos hasta que entré en la galaxia a la que pertenece vuestro sistema solar. El módulo pasó tan cerca de este planeta que fui atraído y caí en una zona acuosa que vosotros llamáis océano o mar... Las características de este frío planeta no son las idóneas para nuestra conformación. Nuestro planeta es infinitamente más caliente que este, aquí no podemos subsistir más que recurriendo a nuestras propias reservas energéticas... es como si los humanos devoraseis vuestros propios brazos y piernas para no morir de hambre... Comprobé que podía introducirme en el interior de los terrícolas y que allí alojado, no tenía necesidad de recurrir a mis reservas. Pero sucedía que mi presencia producía un rápido envejecimiento celular en los tejidos

del cuerpo humano que los conducía a la muerte... Eso me obligaba a tener que ir de uno en otro...

»He de reconocer que cometí una grave equivocación al subestimar al hombre; es cierto que su cerebro es bastante limitado y que su grado de civilización no sobrepasa un nivel rudimentario, pero es taimado e imprevisible y caí en su tosca celada, en parte quizás debido a mi estado de supremo debilitamiento... empleando las gráficas expresiones de los hombres, puede decirse que me he comido ya mis brazos y piernas... me hallo en la penúltima fase: la de autodefensa. La fase decisiva es la de autodestrucción. Confío en no tener que llegar a tanto; podríamos concertar un acuerdo: vosotros me suministráis el calor necesario para mi subsistencia y yo podría ilustraros con mis conocimientos. Solucionaría muchos de vuestros problemas; desarrollaría la balbuceante ciencia médica terrícola, os revelaría fuentes energéticas desaprovechadas, impulsaría vuestra burda tecnología... Con mi ayuda adelantaríais en poco tiempo más que con siglos de investigación terrestre... Todo a cambio de un poco de calor...».

Tras las palabras del forense, Skinner permaneció callado. La excitación de Donovan no se había apaciguado y sus desorbitados ojos le miraban sin un parpadeo.

—No ha sido un sueño, no lo ha sido —aseveró el forense adivinando la incertidumbre del policía.

«Seguramente, no» —se dijo Skinner. Donovan era lo más alejado a un visionario. Pero aquello que le había narrado era más que singular. Aunque... ¿qué no había de singular en aquel asunto?

—Está bien, Donovan. Acepto lo dicho, le creo. Ahora bien, no sé si Courbun hará otro tanto.

—¡Ese viejo jactancioso! —prorrumpió el forense despreciativo—. ¡No me dará crédito! ¡Se burlará de mí!

—Poco puedo hacer yo —dijo Skinner como excusándose—, Estoy aquí de prestado, como mero espectador. Tendrás que explicárselo todo a Courbun, ante todo es un hombre de ciencia y apartará sus egoísmos personales cuando...

—Se nota que no le conoces —señaló amargamente Donovan.

Transcurrió una leve pausa.

—Bien... perdona el que te haya despertado. Necesitaba contárselo a alguien.

—No te preocupes; ya sabes que puedes contar conmigo para lo que pueda serte útil.

Se alejó el forense con la cabeza gacha. El policía volvió a reposar la cabeza en la almohada manteniendo los ojos abiertos. Por

la ventana del reducido cuarto se veía una porción negra y desolada del páramo, las alambradas que rodeaban la masa oscura del «bunker» y un cielo insondable, sin estrellas...

Skinner se tapó bien. El frío era glacial, podía haber encendido la pequeña estufa de gas antes de acostarse y tener ahora la angosta habitación caldeada, pero no quiso entretenerse entonces y ahora lo sentía.

A Donovan no le sería nada fácil convencer a Courbun. No... y la verdad es que el pacto propuesto por el extraterrestre, era más que interesante. El «Poder» podía resolver en unos minutos cuestiones que venían preocupando a los más renombrados investigadores desde hacía años...

También era indudable que si el «Poder» se había puesto en contacto telepático con Donovan era porque, de alguna manera, sabía los pensamientos de este respecto a los experimentos que se llevaban a cabo.

Skinner sintió un leve estremecimiento. La capacidad de aquel ser del espacio era fabulosa... solo que en este caso más le habría servido dirigirse a Courbun que era quien llevaba la batuta.

Sintió el ulular del viento extendiéndose por la congelada y endurecida llanura y haciendo vibrar de cuando en cuando los cristales de la ventana. No estaba dispuesto a seguir aterido y sin pensarlo dos veces se tiró de la cama, calzó las zapatillas y fue en penumbras hasta la estufa. Rascó los fósforos, abrió la llave del gas y al instante tuvo una piña de fuego iluminando fantasmalmente la estancia.

—Esto está mejor.

Regresó al lecho y por espacio de varios minutos estuvo mirando el fuego de la estufa. Lo que pedía el extraterrestre era mínimo: un poco de calor... ¿Es que a aquellos habitantes de Virnuns no les importaba estar encerrados? ¿Cuánto tiempo podría vivir uno de aquellos seres? Probablemente mucho más que un humano. ¿Y se resignaba a permanecer en el interior del «bunker» hasta su desaparición? Porque sus esperanzas de que los hombres le permitieran salir, no debían ser muchas. Y la confianza en que otros hermanos suyos de Virnuns viniesen a rescatarle debía ser bastante remota, por no decir inexistente. Si la nave sufrió la catástrofe en el otro extremo del cosmos, la dirección seguida hasta la Tierra jamás podría ser adivinada por los habitantes de Virnuns, ya que el «Poder» había afirmado haber vagado por los espacios intersiderales... Y lo más lógico era que sus semejantes les hubiesen dado por muertos a todos.

Skinner se sintió desazonado sin saber muy bien por qué. No sabía nada de la forma de ser y del comportamiento de aquellos extraordinarios seres de Virnuns, pero no debía resultar muy grato verse recluso para toda la vida. Si en la Tierra el encierro es concebido como uno de los más terribles castigos, en una sociedad más perfecta y superior ha de ser más penoso aún...

Se removió entre las cálidas sábanas. El gratificante calor de la estufa iba templando el aire de la habitación... Calor, eso era lo único que pedía el extraterrestre. Un calor que le era tan vital para su organismo como para los hombres el aire... el calor aumentaba su poderío.

Un golpe amortiguado le distrajo de sus meditaciones. Aguzó el oído pero ya el silencio había vuelto a condensarse. Una sospecha atroz fue tomando cuerpo en su mente, una sospecha que le hizo saltar de la cama y vestirse atropelladamente.

Abandonó el dormitorio a grandes zancadas, sin emitir ruido alguno ya que calzaba las zapatillas. Atravesó el estrecho pasillo a ambos lados del cual se abrían las puertas de los diminutos dormitorios individuales, y se dirigió a la sala de controles.

Solo una de las sillas estaba ocupada. Las pantallas de televisión continuaban mostrando el interior circular del «bunker», la camilla con las cenizas del doctor Forrester y la «nube» flotando a media altura.

Skinner concentró sus ojos en el hombre que ocupaba el asiento. El corazón se le encogió: no se había equivocado. ¡Allí estaba Donovan!

Anduvo unos metros más y divisó el bulto de un hombre con bata blanca en el suelo, desvanecido o muerto.

—¿Es que te has vuelto loco? —gritó a Donovan.

Este se volvió con rapidez.

—¡Tú! ¿Cómo lo has adivinado?

Skinner se acercó.

—¿Qué has hecho?

Los ojos de Donovan relucían febriles.

—No temas, está dormido. Le traje un café narcotizado.

—¿Has perdido el tino?

—Nada de eso, teniente, no estoy dispuesto a dejar pasar esta preciosa y única oportunidad tan solo porque ese idiota de Courbun se empeñe en obrar tiránicamente. He aceptado el pacto del extraterrestre; yo le doy un poco de calor y él me revela sus conocimientos. ¿Te das cuenta, Skinner, de la cantidad de vidas que pueden salvarse si ese habitante de Virnuns me proporciona las

claves para erradicar enfermedades como el cáncer, la leucemia, la parálisis progresiva y otros males incurables que azotan la Humanidad?

—Puede que tu intención sea buena, Donovan, pero repruebo lo que has llevado a cabo.

—¿Qué te pasa, teniente? Siempre has sido un tipo al que le han importado poco las normas. ¡Si lo sabré yo!

—Puede que sí, pero existe una diferencia entre tu manera de hacer las cosas y la mía.

—¿Sí? ¿Cuál?

—Que cuando yo he tomado la calle del medio, tenía clara conciencia de lo que me iba a encontrar al final. Y tú, ahora, careces de esa conciencia: estás fascinado con la idea de que el «Poder» te revelará todos los misterios de la vida, sin darte cuenta de que puede ser una trampa.

—¿Una trampa? ¡Vamos, Skinner! ¿Desde cuándo te has vuelto tan precavido?

—Donovan, abandona esa silla o te levantaré yo por la fuerza. Comprendo tu exasperación porque un individuo del talante de Courbun sea el que dirige esto, pero no consentiré que sigas adelante. Lo que hay en ese «bunker» da escalofríos, su poder es tan inmenso que podría adueñarse de nuestro mundo sin que nadie pudiese impedirlo.

—Desvarías, Skinner; cierto que la capacidad de ese ser es portentosa, pero olvidas que ya ha estado en libertad y...

—¡No seas ingenuo! «Ahora» es realmente cuando él se está dando cuenta de su gran superioridad sobre nosotros. Cuando se precipitó al planeta Tierra, su único empeño estaba en sobrevivir, en adaptarse a las adversas condiciones de vida. Ahora no es ese el caso, si puede salir del «bunker» no habrá nada sobre la faz del mundo que pueda detenerlo... ¿Es que no te das cuenta que puedes estar haciéndole el juego? ¿No has considerado como sospechosa esa docilidad suya a permanecer encerrado? ¿Crees sinceramente que puede contentarse con unos grados de temperatura?

—¡Vamos, no exageres! Ya se le suministró calor antes en grandes cantidades y no pasó nada. El «bunker» es poco menos que indestructible.

—¡Está bien! ¡Basta de charla! ¡Abandona ese puesto o...!

Skinner se cortó. Sobre las pantallas de televisión no se veía ya la «nube».

—¡Le estás dando calor!

—Pues claro que sí, fue el trato.

—¡Condenado idiota!

—¡Quieto Skinner! —conminó el forense apuntándole con un revólver—. Es tu pistola, te la arrebaté antes de abandonar el dormitorio. Tú como siempre tan descuidado; esto te enseñará a no dejarla encima de cualquier parte.

—Estás llegando demasiado lejos, Donovan.

—Te aconsejo que te mantengas al margen. No vacilaré en disparar.

—Estás obcecado; ese ser te ha sorbido el seso. No haces más que seguir sus instrucciones. Le estás proporcionando el calor que necesita para violentar su prisión, después puede tiranizar al mundo a su antojo sin que nada ni nadie pueda pararle los pies...

—¡Cierra el pico de una vez! Ya comprobarás que domino perfectamente la situación. En ningún momento, la temperatura en el interior del «bunker» ha subido de los trescientos grados; mucho más inferior a las alcanzadas por orden de Courbun.

—No todo depende del grado que se alcance, sino también del tiempo que se mantenga. El «Poder» puede actuar a manera de esponja, absorbiendo el calor, nutriéndose, acumulando la fuerza que precisa para horadar el «bunker»... ¡Esa es su trampa!

El forense no contestó; pero hubo algo en su actitud que delató su súbita aparición de la duda.

—¡Me estás embarullando, Skinner!

—No seas loco y escúchame: corta la producción de calor hacia el «bunker», arreglaremos esto por las buenas y trataremos de hacer las cosas bien, sin exponerse...

—¡Cállate! ¿Qué puedes saber tú? ¡No eres más que un zafio que lo arregla todo a trastazos! ¡El mundo está lleno de elementos como tú y como Courbun! ¡Mejor sería que el «Poder» escapase de ahí y metiese en cintura a los tipos de vuestra calaña!

De pronto Skinner dio un alarido.

—¡Eh, observa eso! —y apuntaba aterrado a las pantallas.

El forense giró la cabeza con sobresalto. Había mordido el anzuelo: el policía saltó sobre él con la agilidad de un tigre atenazándole la mano armada.

—¡Maldito! —despotricaba Donovan que se removía con fiereza.

El pesado puño de Skinner cayó como una maza sobre la mandíbula del forense que trastabilló sin que soltase el revólver. Un izquierdazo en el pómulos dio con él en el suelo dejándole aturdido.

Skinner le arrebató el arma... En ese momento en los

amplificadores restalló una fortísima detonación... La mirada espantada de Skinner voló hacia los sensores vibratorios y la sangre se le detuvo en las venas cuando la aguja se adentró en la zona roja...

—¡Dios mío!

Se abalanzó velozmente sobre el regulador de temperatura y lo llevó a su punto más bajo. Luego quedó en tensión, con las mandíbulas fuertemente encajadas...

Un nuevo trueno lo ensordeció todo; sin embargo las agujas no alcanzaron en esta ocasión las zonas rojas...

Skinner resopló aliviado. Se volvió hacia el forense que empezaba a tratar de incorporarse.

El policía le ayudó. Donovan se palpaba la cara con gesto dolorido y perplejo.

—¿Qué... qué ha pasado?

Skinner sonrió.

—Menos mal que has vuelto a tu sano juicio. A punto has estado de cometer la mayor monstruosidad que puedas imaginar.

Donovan guiñó ambos ojos.

—¿Cómo dices? ¡Ufff... me siento como si un caballo me hubiese cocado el rostro! ¿Y qué hace ese hombre en el suelo?

—Es el resultado de tu café especial.

—¿De mi café especial? ¿De qué estás hablando?

—¿Es que no recuerdas nada?

—¿Qué he de recordar? ¡Por favor, Skinner! ¿Quieres explicar de una vez qué ha sucedido aquí? ¿Quién me ha golpeado?

Empezaba a acudir gente en pijama y con aspecto de sobresalto.

—¿Qué significa esto? —exigió Courbun con voz tonante.

—Yo se lo explicaré —dijo Skinner.

—¿Por qué está el profesor O'Brien en el suelo?

—Está dormido, narcotizado.

La cabeza de huevo de Courbun se llenó de arrugas.

—Bien, teniente, venga conmigo. Confío en que pueda aclarar esto de forma satisfactoria.

* * *

Las investigaciones y experimentos en torno al «Poder» duraron meses. Sin embargo, a la semana siguiente del choque en que las agujas de los sensores vibratorios entraron en la zona roja, la «nube» que durante aquellos siete días había flotado impertérrita en medio del «bunker», se transformó en una masa sólida, amorfa, muy brillante, casi cegadora.

Fue la última mutación del «Poder», y los ensayos y exploraciones de todo tipo que se realizaron sobre esa masa reluciente no llevaron a ninguna conclusión. Científicos de todo el mundo contemplaron pasmados aquella insólita «cosa» y nada de lo que intentaron dio fruto.

Solo se sabía una cosa con seguridad; que el calor podía revivir a la más descomunal fuerza con que el hombre había soñado jamás. Y aún esto se demostró falaz cuando, meses después, ante los infructuosos resultados de las investigaciones, un Consejo de científicos tomó la responsabilidad de ir subiendo escalonadamente la temperatura en el interior del «bunker» para incitar al «Poder» a metamorfosearse.

El empeño fue vano y tras otros dos meses más de insistencia sin éxito, el veredicto más generalizado fue señalar aquel estado como la fase de autodestrucción. El extraterrestre se había suicidado, ¿pero qué era aquella masa destellante? ¿Qué peligros podía encerrar?

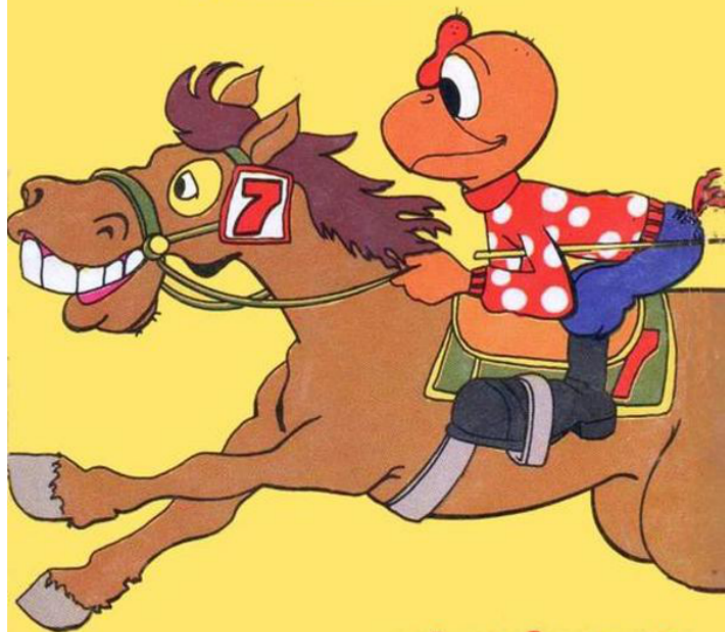
En una reunión de los científicos más representativos, se acordó suspender los estudios hasta que nuevos adelantos de la ciencia permitiesen abordar y desentrañar aquel misterio. Se declaró aquella zona bajo control militar y hasta el año 1956 permaneció en ella un retén de cualificados especialistas por si tenía lugar algún cambio.

A partir de esta fecha el barracón, con todos sus instrumentos ultramodernos, fue desmantelado y en el insalubre páramo solo quedó aquella grisácea, compacta y redondeada forma de cemento armado circundada por el alto alambre de espino...

FIN

CONDORITO

REVISTA MENSUAL



**el primero
en humor**

¡PIDELO EN TU QUIOSCO!